



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XXXVIII: JESÚS Y LOS APÓSTOLES





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en febrero del año 2013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo, se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo, si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XXXVIII: JESÚS Y LOS APÓSTOLES

Jesús. Llamado también Cristo o Jesu-Cristo. Hay que establecer una distinción entre el Jesús histórico y el Jesús mítico. El primero era esenio y nazareno y fue mensajero de la Gran Fraternidad para predicar las antiguas enseñanzas divinas que debían ser la base de una nueva civilización. Por espacio de tres años fue Maestro divino de los hombres y recorrió la Palestina llevando una vida ejemplarísima por su pureza, compasión y amor a la humanidad. Obró multitud de prodigios resucitando muertos, sanando enfermos, volviendo la vista a los ciegos, haciendo andar a los paralíticos y realizando muchos otros actos que, por su carácter extraordinario, se han calificado de “milagros”. La sublimidad de sus doctrinas resalta sobre todo en su célebre Sermón de la Montaña. Como Iniciado que era, enseñó también doctrinas esotéricas, pero éstas las reservaba únicamente para “los pocos”, esto es, para sus discípulos elegidos. Al Jesús histórico se le han atribuido no pocos hechos legendarios que le han convertido en otro personaje puramente mítico, una verdadera copia del dios Krichna, tan venerado en la India. Para probar claramente tal aserto, no hay más que fijarse un poco en el paralelo que entre Jesús y Krichna presenta la autora de *Isis sin velo* (II, 537-539 de la edición inglesa), y del cual entresacamos las siguientes comparaciones: 1) Jesús es perseguido por Herodes, rey de Judea, pero huye a Egipto, guiado por un ángel; para asegurar su muerte, Herodes ordena el degüello de 40.000 inocentes. –Krichna es perseguido por Kanza, tirano de Mathurâ, pero escapa de una manera milagrosa; esperando matar al niño, el rey hace dar muerte a miles de niños varones. 2) La madre de Jesús era Mariam o Miriam; se casó continuando virgen, pero tuvo varios hijos después del primogénito Jesús. (Véase: *Mateo*, XIII, 55, 56; *Marcos*, III, 32-35; VI, 3; *Lucas*, VIII, 19, 20; y *Juan*, II, 12; VII, 5-10). –La madre de Krichna era Devakî, una virgen inmaculada (pero había dado a luz ocho hijos antes de Krichna). 3) Jesús obra milagros, echa los demonios del cuerpo, lava los pies de los discípulos, muere, desciende al infierno y sube al cielo después de librar a los muertos. –Krichna hace otro tanto, con la sola diferencia de que lavó los pies a los brahmanes y subió al paraíso *Vaikuntha* o paraíso de Vichnú. 4) Uno y otro divulgan los secretos del santuario y mueren, Cristo clavado en una cruz (un árbol), y Krichna clavado a un árbol, atravesado el cuerpo con una flecha. –Véase: *Devakî*, *Krichna*, etc. (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Jesús, en observancia a las reglas de los nazarenos, llevaba la caballera suelta en ondas que le caían sobre los hombros, pero partida en raya por la mitad. Sansón también había sido nazareno. (Isis III, 194).

Jesús participaba de las costumbres de los esenios y de los nazarenos. (Isis III, 173).

Los cultos solar y lunar han matizado desde su origen a las religiones cristianas, solo hay que echar una mirada a su teología y sobre todo a su ritualística (p.e. la ostia sagrada representa al sol) y (el mes de mayo consagrado a la virgen, viene de la consagración en esta época de Maia o Vesta, nuestra nodriza que nos alimenta...).

Las enseñanzas de Jesús a sus apóstoles eran enseñanzas ocultas, que solo podían explicarse en la Iniciación. Nunca fueron dedicadas a las masas, pues Jesús prohibió a los doce ir con los gentiles y los samaritanos, y repitió a sus discípulos que el “misterio del reino de Dios”, era sólo para ellos, no para las multitudes.

Sus enseñanzas secretas eran substancialmente idénticas a las de los neoplatónicos y se apoyaban en la gnosis oriental.

Jesús, después de pasar la mocedad en los monasterios del desierto y de haber sido iniciado en los Misterios, prefirió la vida independiente de la predicación, convirtiéndose en terapeuta errante. Tanto Jesús como Juan el Bautista anunciaron el fin de los tiempos lo cual demuestra que conocían los cómputos secretos de hierofantes y cabalistas, quienes con los priores de las comunidades esenias poseían el secreto. (Isis III, 186-187).

Si atendemos al espíritu de los Evangelios, resultará que Jesús profesaba la doctrina de la reencarnación como los esenios, que la habían aprendido de los pitagóricos, pues según afirma Jámblico, Pitágoras residió algún tiempo con los esenios en el monte Carmelo. (Isis III, 186-187).

Evidentemente, el propósito de Jesús fue idéntico al de Buda, esto es, beneficiar ampliamente al género humano por medio de una reforma religiosa que restableciese la ética en toda su pureza, pues hasta entonces



el verdadero concepto de Dios y de la Naturaleza había sido privativo de los adeptos a las escuelas esotéricas. (Isis III, 172-173).

Ciertamente no arranca de Jesús la ley de Oro, sino de la India, pues no es posible negar que el Buda o iluminado Sakya floreció muchos siglos antes de Jesucristo, cuya doctrina es continuación de la de aquél, pues el fundador del cristianismo no buscó su modelo al pie del Sinaí, sino al pie de los Himalayas. Su doctrina armoniza con las de Manú y Gautama, al paso que difiere de la de Moisés. Los indoístas preceptuaban la devolución de bien por mal. Los hebreos decían: “Ojo por ojo y diente por diente”. (Isis III 214).

Al igual que Pitágoras i otros hierofantes reformadores, Jesús dividió sus enseñanzas en esotéricas y exotéricas, y según costumbre de los esenios, jamás sentó a la mesa sin que precediera la acción de gracias. También clasificó los discípulos en *neófitos*, *hermanos* y *perfectos*, aunque su magisterio público no duró lo bastante para formar escuela; y no parece que iniciara a ningún apóstol excepto Juan. (Isis III, 190)

Desde un principio, ya existía rivalidad entre los discípulos de Jesús y de Juan el Bautista (Isis III, 177).

Dice San Pablo, haciéndose eco fiel de su Maestro: “*Porque vosotros sois el templo del Dios vivo*” (Corintios VI). (Isis, III, 433-434).

Jesús prometió a sus discípulos que obrarían cosas superiores a las que él operaba; al morir le seguían sólo unos cuantos discípulos que en la mitad del sendero del conocimiento habían de batallar contra el mundo, sin conocer más que a *medias* lo que podían comunicar a las gentes. Posteriormente los sucesores de estos discípulos desfiguraron aún más las verdades recibidas. (Isis III, 435-436).

‘¡El erudito autor de “religión sobrenatural” (¿Draper?) se esfuerza en demostrar la identidad de Simón el Mago con el apóstol San Pablo, cuyas



Epístolas condenó públicamente San Pedro por contener enseñanza herética. El apóstol de los gentiles era franco, elocuente, sincero y sabio. El apóstol de la circuncisión era, por el contrario, cobarde, receloso, falaz e ignorante. No cabe duda de que Pablo estaba iniciado, al menos parcialmente, en los *misterios teúrgicos*, como lo denotan su estilo con la terminología peculiar de los filósofos griegos y ciertas frases que únicamente empleaban los iniciados. A mayor abundamiento, tenemos el siguiente pasaje del apóstol: "...entre los perfectos hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este mundo ni de los arcontes de este mundo, sino que hablamos Sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los arcontes de este mundo –*Corintios*–"

Inequívocamente da entender el apóstol en estas palabras que estaba iniciado (que era de los *mystae*), y aludía a enseñanzas propias de los *Misterios*. Pero si no bastara esta prueba, tendremos otra en que al apóstol "le cortaron el cabello a punta de tijera en Cencrea porque había hecho un voto".

Dice San Pablo: Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento como sabio maestro constructor.

La frase maestro constructor, que tan sólo se lee una sola vez en toda la Biblia, puede considerarse como prueba incontrovertible, pues la tercera parte de los sagrados ritos se llamaba en los *Misterios epopteia* o revelación, esto es, el acto de comunicar el secreto, durante el cual se transportaba el iniciado a la divina clarividencia en que, suspendida la visión terrena, se unía con su Dios la ya libre y pura alma. Pero en su significado etimológico la palabra *epopteia* equivale a vigilante o inspector, y también tiene la acepción de maestro constructor o arquitecto, de dónde más tarde derivó el nombre francés de masón en el mismo sentido empleado en los *Misterios*. **Así, pues, al llamarse Pablo "maestro constructor" emplea una frase genuinamente *cabalística, teúrgica y masónica* que ningún otro apóstol emplea, y se declara iniciado con derecho de iniciar a otros.**

Si proseguimos por este camino con tan seguros guías como los *Misterios* y la *Kábala*, descubriremos la secreta razón de que Pedro, Juan y Santiago persiguiesen odiosamente a Pablo. El autor del Apocalipsis era *cabalista* judío de legítima estirpe, que como sus antepasados odiaba por juro de heredad los *Misterios* (inútil es advertir que el cuarto Evangelio no lo escribió el apóstol Juan, sino un neoplatónico). **Su recelo se extendió durante la vida de Jesús hasta el mismo Pedro, con quien se reconcilió después de la muerte de su común Maestro para predicar celosamente el rito de la circuncisión.** Pedro reconocía no obstante la superioridad de Pablo en conocimientos de literatura y filosofía griega, por lo que debió de parecerlo experto en artes mágicas y versado en la gnosis o sabiduría de los *Misterios*, o sea que tal vez le tuvo por Simón el Mago.



En cuanto a Pedro, la exégesis ha demostrado hace tiempo que en la fundación de la Iglesia romana no tuvo más parte que proporcionar el pretexto, tan hábilmente aprovechado por el astuto Ireneo, para cimentar la nueva Iglesia sobre la *Petra* o *Kiffa*, que mediante un sencillo juego de palabras se relacionaba con *Petroma* o doble tabla de piedra que el hierofante empleaba en el misterio final de la iniciación. Aquí se encierra acaso todo el secreto de las alegaciones del Vaticano. Sobre el particular, dice muy oportunamente Wilder: En los países orientales se designaba al hierofante con el título de.... (Pedro) que en caldeo y fenicio significa intérprete. Hay en todo esto reminiscencias de la ley mosaica, así como respecto de las atribuciones que el papa se arroga para ser el hierofante o intérprete de la religión cristiana. (Isis III, 113 a 116).

San Jerónimo encontró el original hebreo del Evangelio de San Mateo en la biblioteca fundada en Cesárea por Panfilo mártir. “Los nazarenos que en Berea de Siria usaban este Evangelio, *me dieron licencia para traducirlo*”, decía Jerónimo a fines del siglo IV; y también: “En el Evangelio usado habitualmente por los nazarenos y ebionitas que hace poco traduje del hebreo al griego, y que muchos llaman fundadamente el *auténtico* Evangelio de Mateo, etc.

Que los apóstoles recibieron “enseñanzas secretas” de Jesús, se infiere evidentemente de las siguientes palabras de San Jerónimo, dichas en un momento de espontaneidad. En sus cartas a los obispos Cromacio y Heliodoro se lamenta “de la dificultad del trabajo, puesto que *San Mateo no escribió el Evangelio de modo explícito y con sentido abierto*. Porque de no ser *secreto* hubiera añadido que *era suyo* lo publicado; pero escribió el libro *sellado en caracteres hebreos y de tal manera* para que pudieran leerlo los *hombres más religiosos*, quienes en el transcurso del tiempo lo recibieron de sus predecesores. Sin embargo, nunca consintieron que nadie tradujese este libro y unos interpretaron *su texto* de una manera y otros de otra. (D.S., V, 210-211).

En *Pistis Sophia* los discípulos dicen a Jesús:

Rabino revélanos los misterios de la Luz (esto es, el “Fuego del Conocimiento o Iluminación”)... por cuanto te hemos oído decir que hay otro bautismo de *humo*, y otro bautismo del Espíritu de la Luz Santa (esto es, el espíritu del Fuego).

Según dice Juan de Jesús:

Yo te bautizo verdaderamente con agua...; pero él te bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.



La significación verdadera de esta frase es muy profunda. Significa que **Juan, asceta no iniciado, no puede comunicar a sus discípulos una sabiduría mayor que la de los Misterios relacionados con el plano de la Materia, cuyo símbolo es el Agua. Su gnosis era la del dogma exotérico y ritual, la de la ortodoxia de la letra muerta (en el Ciclo de Iniciación, el cual era muy largo, el Agua representaba los pasos primeros e inferiores hacia la purificación, mientras que las pruebas relacionadas con el Fuego eran las últimas. El Agua podía regenerar el Cuerpo de Materia; sólo el Fuego regenera al Hombre Espiritual Interno); al paso que la sabiduría que Jesús, Iniciado en los Misterios Superiores les revelaría, era de un carácter más elevado, pues era la del “Fuego” de la Sabiduría de la verdadera Gnosis o Iluminación Espiritual *real*. La una era el Fuego, la otra el Humo. Para Moisés, el Fuego en el Monte Sinaí y la sabiduría espiritual; para las multitudes del “pueblo” que estaba abajo, para el profano, el Humo del Monte Sinaí, esto es, la corteza exotérica del ritualismo ortodoxo o sectario. (D.S. IV, 204).**

. . . La razón de que Pablo aparezca como “derogador de la ley”, sólo puede hallarse en la India, en donde se han conservado hasta nuestros días en toda su pureza las más antiguas costumbres y privilegios, no obstante los abusos basados en ellos. Sólo hay en la India una categoría de personas que puede quebrantar impunemente la ley de las instituciones brahmánicas, incluso las de castas; son los perfectos “svamis”, los yoguis, que han alcanzado, o que se suponen han traspuesto, los siete primeros peldaños del estado de *Jivanmukta*, o sea la plena iniciación. Y Pablo fue indudablemente un iniciado. Citaremos al efecto uno o dos pasajes de *Isis sin Velo*, pues nada podemos decir ahora más de lo que dijimos entonces:

Leed los pocos originales que nos quedan entre los escritos atribuidos a este hombre franco, honrado y sincero, y decid si alguien puede afirmar que haya en ellos ni una sola línea en la cual signifique Pablo con la palabra Cristo, algo más que la idea abstracta de la personal divinidad Morante en el hombre. Para Pablo, no es Cristo una personalidad sino una idea humanada. “Si un hombre está en Cristo, es otra criatura”: es decir, *nace de nuevo* como después de la iniciación, porque el Señor es el espíritu del hombre. Pablo fue el único apóstol que comprendió las ideas subyacentes en las enseñanzas de Jesús, por más que nunca anduvo con él.

Sin embargo, Pablo no era perfecto e infalible.

Resuelto a implantar una nueva y amplia reforma, que abarcase a la humanidad entera, encaramó ingenuamente sus propias doctrinas sobre la sabiduría de los



pasados tiempos, y sobre los antiguos misterios y la final revelación de los *Epoptoë*.

Otra prueba de que Pablo pertenecía al círculo de los “Iniciados”, la tenemos en que se tonsuró en Cencrea, donde fue iniciado Lucio (Apuleio) “porque había hecho un voto”. Los nazar o nazarenos (puestos aparte), como vemos en las escrituras hebreas, no se cortaban los cabellos “ni consentían navaja” en su cabeza, hasta el día de sacrificar su cabellera en el altar de la iniciación. Y los nazarenos eran una clase de caldeos teúrgos o iniciados.

Ya indicamos en *Isis sin Velo* que Jesús fue un nazareno:

Declara San Pablo que: “Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento como *maestro de obras juicioso*”.

La palabra *maestro de obras* aparece una vez tan sólo en toda la *Biblia*; y en boca de San Pablo, puede considerarse como una completa revelación. La tercera parte o sección de los misterios se llamaba *Epopteia*, que quiere decir revelación o entrada en el secreto; pero esencialmente significa el supremo y divino estado de clarividencia. . . aunque el significado real de la palabra sea “vigilante” de XXXX, “me veo”. En sánscrito la raíz *âp* tuvo en su origen la misma significación ; pero actualmente quiere decir “obtener” (en su más amplia acepción, la palabra sánscrita tiene el mismo sentido literal que la griega, pues ambas significan “revelación” por medio de la “bebida sagrada” y no por agente humano. En la India los iniciados bebían “el Soma” que les ayudaba a libertar el alma del cuerpo. En los misterios eleusinos también se ofrecía la bebida sagrada en la *Epopteia*. Los misterios griegos se derivan por entero de los ritos védicos y estos a su vez de los de la prevédica Sabiduría).

La palabra *epopteia* se compone de *epi*, sobre, y *optomai*, mirar; esto es: vigilar, inspeccionar, como hacen los maestros de obras. El título de maestro masón de la Francmasonería, se deriva de esto, en el sentido acostumbrado en los misterios. Por lo tanto, cuando Pablo se llama a sí mismo maestro de obras, emplea una palabra eminentemente cabalística, teúrgica y masónica, no usada por ningún otro apóstol. De este modo se titula *adepto*, con derecho de iniciar a otros.

Si buscamos en esta dirección, guiados expertamente por los misterios griegos y la Kabalah, hallaremos fácilmente el secreto motivo de que Pedro, Juan y Santiago persiguieran y detestaran a Pablo. El autor del *Apocalipsis* era un cabalista de pura cepa, y alimentaba hereditario odio contra los misterios paganos (es innecesario advertir que el *Evangelio, según San Juan*, lo escribió un gnóstico o un neoplatónico, y no Juan). En vida de Jesús tuvo Juan celos hasta de Pedro,



y, poco después de la muerte de su común maestro, vemos a los dos discípulos defender ardientemente el rito de la circuncisión. A los ojos de Pedro era Pablo un mago, porque le había vencido intelectualmente y reconocía su superioridad en conocimientos de filosofía y “erudición griegas”. (D.S. V, 176-179).

Cotejados los conceptos cabalístico, nazareno y gnóstico acerca del Logos, Metatron o Mediador, fácilmente echaremos de ver el error de los Padres de la Iglesia al concretar un símbolo puramente metafísico en la personalidad de Jesús, que nos presentan como único sujeto de las profecías de todos los tiempos. Confundieron a Jesús con el mito teomítico para simbolizar la época inmediata a la terminación del círculo máximo en que “la buena nueva”, desde el cielo anunciada, proclamaría la regeneración humana en el sentimiento de la fraternidad universal.

Dice Jesús:

¿Por qué me llamas bueno? Sólo uno es bueno que es Dios (*Mateo*, XIX, 17).

No son estas palabras propias de la segunda persona de la Trinidad idéntica a la primera. No es el lenguaje de un Dios. Por otra parte, si el Espíritu Santo de las Trinidades paganas y gnósticas estaba encarnado en la persona de Jesús, no se Comprende qué quiso dar a entender al distinguir entre el “Hijo del Hombre” y el “Espíritu Santo” en las siguientes palabras:

Y todo el que profiera una palabra contra el Hijo del Hombre, perdonado le será; mas a quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado (*Lucas*, XII, 10).

Es verdaderamente admirable la identidad entre algunas frases de Jesús y las que siglos antes enunciaron cabalistas y paganos, como se infiere de los siguientes pasajes:

Ni dios ni hombre ni señor puede ser bueno. Tan sólo Dios es bueno (Hermes Trismegisto, VI, 55).

El hombre no puede ser bueno. Únicamente Dios es bondad (Platón: *Protágoras*; *Cory p.* 274).

Mi doctrina es sencilla y de fácil comprensión (Confucio: *Lûn-yû*, cap. V, 15).

La doctrina de nuestro maestro estriba en la invariable rectitud de corazón y en hacer a los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros (Texto de un discípulo de Confucio, citado por Panthier: *China*, II, 375; Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*, 97).



A Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros por virtudes y prodigios (Palabras de San Pedro. *Hechos de los Apóstoles*, II, 22).

Fue un hombre enviado de Dios que tenía por nombre Juan (San Juan, I, 6).

En este pasaje se equipara a Juan en dignidad con Jesús. Juan el Bautista, en la solemne ocasión de bautizar a Jesús, no le trata como Dios sino como hombre, diciendo:

Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón. . . (Id., I, 30).

Al hablar de sí mismo dice Jesús:

Mas ahora me queréis matar siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios (Id., VIII, 40).

El ciego de Jerusalén, curado de su ceguera por el insigne taumaturgo, al relatar lleno de gratitud y admiración el milagro, no llama Dios a Jesús sino que sencillamente dice:

Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo y ungió mis ojos. . . (Id., IX, 11).

No hay necesidad de añadir más ejemplos en comprobación de una verdad aseverada antes de ahora por otros comentadores. No hay peor mal que el fanatismo obcecado, y pocos hombres tienen el valor de decir, como Priestley:

No encontramos prueba alguna de la divinidad de Jesucristo antes del año 141, época de San Justino, Mártir, quien del paganismo se convirtió al cristianismo (Priestly: *Historia del cristianismo primitivo*, p. 2, secc. 2).

Cerca de seiscientos años después de la muerte de Jesucristo, calificada de deicidio, apareció Mahoma (Nacido el año 571) cuando el mundo greco-romano era todavía presa de turbulencias religiosas y se resistía a consolidar en las costumbres el cristianismo impuesto por los edictos imperiales. Mientras los concilios discutían el texto bíblico, la unidad de Dios prevalecía contra el concepto de la Trinidad y el número de musulmanes sobrepujaba al de cristianos, porque Mahoma no pretendió jamás igualarse con Dios, pues de lo contrario no hubiese difundido tan rápidamente su religión. Aún hoy los creyentes en Mahoma superan en número a los creyentes en Cristo. Gautama predicó como simple mortal siglos antes de Cristo y, sin embargo, su ética religiosa aventaja inmensamente en belleza moral a cuanto pudieron soñar Tertuliano y San Agustín.

El verdadero espíritu del cristianismo se echa de ver por entero en el budismo y parcialmente en las demás religiones calificadas de paganas. Gautama no se atribuyó naturaleza divina ni tampoco le divinizaron sus



discípulos; y a pesar de ello, el budismo tiene hoy muchísimos más prosélitos que el cristianismo (Entre la India, China, Japón y el Tibet se cuentan cerca de 500 millones). Pocos son los hinduistas, budistas, mahometanos y judíos que apostatan de su fe, al paso que por los países occidentales se extiende de día en día la lepra del materialismo que amenaza corroer el propio corazón del cristianismo. En las naciones tan erróneamente llamadas paganas apenas hay ateos, y los pocos inficionados de materialismo pertenecen a las clases acomodadas de las ciudades populosas, donde abundan los europeos. Con mucha razón dice el obispo Kidder:

Si un sabio se viese precisado a elegir entre todas las religiones que se profesan en el mundo, seguramente dejaría en último término el cristianismo. (Isis III, 289-319).

. . . Lo cierto es que la masonería moderna difiere muy radicalmente de la en otro tiempo secreta confraternidad universal, cuando los adoradores de Brahma, simbolizado en AUM, intercambiaban sus signos y consignas con los devotos del TUM. Entonces eran “hermanos” los adeptos de todos los países de la tierra.

¿Cuál era, pues, aquel Nombre misterioso, aquella poderosa Palabra por cuya virtud obraban maravillas los iniciados indos, caldeos y egipcios?

Dice Horus:

Yo conocí los espíritus de An. Por glorioso que sea, no pasa adelante si no me da la *Palabra* (*Ritual funerario de los egipcios*, capítulo CXV, titulado: “De la ida al cielo y del conocimiento de los espíritus de An” (Heliópolis o ciudad del Sol).

En otro himno, el alma transfigurada exclama:

Abridme el camino de Rusta. Soy el Supremo Ser revestido como el Gran Ser. ¡Ya estoy aquí! ¡Ya he venido! Deliciosos son para mí los reyes de Osiris. Yo creo el agua por virtud de la Palabra. No he visto los secretos ocultos. Yo di verdad al sol. Soy pureza. Me adoran por mi pureza (Id., Caps. CXVII y CXIX que tratan de la entrada y salida de Rusta).

En la envoltura de una momia se lee:

Yo soy el supremo Dios (Espíritu) existente por Sí mismo y creador de *Su nombre*... Yo conozco el nombre de este supremo Dios que está allí.

Los enemigos de Jesús le acusan de obrar milagros, y los discípulos nos le muestran expeliendo demonios por virtud del Nombre inefable. Los fariseos



creían firmemente que Jesús había hurtado del santuario el sagrado Nombre. Los discípulos delatan su creencia en el pasaje siguiente:

Y haciéndolos presentar en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

Sea notorio a todos vosotros... que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno (*Hechos de los apóstoles*, IV, 7)

En este pasaje, el *nombre* de Jesucristo no significa su propio nombre, sino aquel otro Nombre en cuya posesión y conocimiento estaba Jesús de Nazareth por efecto de su iniciación, aunque los judíos le acusaran de haberlo substraído. Además, Jesús afirma repetidamente que siempre obra en el Nombre del Padre y no en el suyo. . . (Isis IV, 57-58).

San Pablo es el único apóstol digno de este título por el claro concepto que del incomparable filósofo y mártir de Galilea resplandece en sus Epístolas, no obstante las adulteraciones perpetradas en su texto por los canonistas (para comprender mejor la doctrina expuesta en las Epístolas de San Pablo, conviene estudiar el Logos filoneano análogo al Sabda de la escuela mimansa).

Respecto a los demás apóstoles y en particular a los evangelistas, no es posible fiar mucho de ellos desde el momento en que atribuyen a su maestro milagros relatados en los libros indos en iguales términos y circunstancias, como vemos, por ejemplo, en el conmovedor episodio de la resurrección de la hija de Jairo, que está copiado de análogo prodigio de Krishna. (Isis III, 320).

Jesús exponía las antiguas enseñanzas hinduistas al predicar la necesidad de apartarse del mundo y sus vanidades para entrar en el reino de los cielos (*nirvana*), donde “no se casarán los hombres ni las mujeres serán dadas en matrimonio, sino que vivirán como los ángeles”. (Isis III, 389).

Los mahometanos veneran mucho a Jesús y dicen de él que verdaderamente era un profeta de Alah, y un varón justo, pero que sus discípulos cometieron la locura de divinizarlo. (Isis IV, 188).



Jesús dice en el Evangelio de San Mateo VII, 21: *“No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre”*. (Isis IV, 310).

Contra el cristianismo de Pablo prevaleció el de Pedro, que a su vez quedó influido por las demás religiones del mundo. Cuando la humanidad adelante lo suficiente en su evolución espiritual y a las razas bárbaras sucedan otras de más nobles costumbres, entonces podrán concretarse en realidad los puros ideales del cristianismo.

El concepto que del Cristo tuvo Pablo ha sido un enigma muy costoso de descifrar, pues era algo más que el Jesús de los Evangelios, de cuyas genealogías prescindió por completo el apóstol de los gentiles. (Isis IV, 326-327).

Según se infiere de los documentos históricos, las primeras sectas cristianas (en rigor eran sectas judías, o mejor dicho, comunidades disidentes de la ortodoxia mosaica que se convirtieron colectivamente al cristianismo) fueron: nazarenos (los de Juan el Bautista), ebionitas (entre los que había muchos parientes de Jesús), y esenios o terapeutas, de los que eran una rama los nazarios. Todas estas sectas profesaban más o menos abiertamente la cábala, creían en la expulsión de los demonios por medio de conjuros mágicos, y hasta la época de Ireneo nadie las tuvo por heréticas.

Todas las sectas gnósticas creían igualmente en la magia, como comprueba el mismo Ireneo al hablar de los discípulos de Basílides diciendo: *Emplean imágenes, evocaciones, conjuros y todo lo referente a la magia*. (Isis III, 164).

. . . Cuando Jesús estaba en cuerpo astral con sus discípulos, Pedro le preguntó refiriéndose a Juan: “Señor, ¿y éste qué? A lo que respondió Jesús: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¡qué te va a ti? “Hasta que yo venga”, significa: “hasta que reencarne nuevamente en un cuerpo físico”. Así Cristo pudo decir en su cuerpo crucificado: “Yo estoy con mi Padre y soy uno con Él”. Y sin embargo, esto no impidió que su cuerpo astral tomara buena forma, ni tampoco que Juan esperase su nueva vuelta en efecto; y que al volver no le reconociera y aun que se opusiese contra Él. Pero estas palabras del Maestro le sugirieron a la Iglesia la absurda idea del juicio final en el milenio en sentido físico.



Desde entonces tal vez haya vuelto, más de una vez, el “Hombre de las Angustias”, sin que le reconocieran sus ciegos discípulos. También desde entonces ha sido este gran “Hijo de Dios” incesante y más cruelmente crucificado, día tras día y hora por hora, por las Iglesias fundadas en su nombre. Pero los apóstoles, que tan sólo eran semi-iniciados, no supieron esperarle, y no sólo no le reconocieron, sino que lo menospreciaron cada vez que volvió. (D.S. VI, 18-19).

En *Gnostics and their Remains*, de King, se nos hace presente que la lengua griega sólo tenía una palabra para decir *vocal* y *voz*. Esto ha sido causa de muchas interpretaciones erróneas, en los no iniciados. Sin embargo, con el solo conocimiento de este hecho bien sabido, puede intentarse una comparación, e inundar de luz varios significados místicos. Así, las palabras, usadas con tanta frecuencia en los *Upanishads* y los *Purânas*, “Sonido” y “Lenguaje” pueden confrontarse con las “Vocales” gnósticas y las “Voces” de los Truenos y Ángeles del *Apocalipsis*. Lo mismo se verá en *Pistis Sophia* y otros fragmentos y manuscritos antiguos. Esto fue notado hasta por el autor mismo de la obra arriba mencionada.

Por Hipólito, un primitivo Padre de la Iglesia, sabemos lo que Marcos –un pitagórico más bien que gnóstico cristiano, y seguramente kabalista– había recibido en revelación mística. Se dice que a Marcos le fue revelado que:

Los *siete cielos*... (Cielos” son idénticos a “Ángeles”, como ya se ha dicho) emitieron cada uno una vocal, todas las cuales, combinadas juntas, formaban un solo concepto, “cuyo *sonido* al descender [de estos siete cielos] a la tierra, se convierten en el creador y padre de todas las cosas que existen en ella” (*Philosophumena*, VI, 48; citado por King, *ob. cit.*, pág. 200).

Lo cual, traducido de la fraseología Oculta al lenguaje vulgar, diría: El Logos Séptuple, habiéndose diferenciado en siete Logos o Potencias Creadoras (Vocales), éstas (el Segundo Logos o “Sonido”) crearon todo en la Tierra.

Seguramente que el que conozca la literatura gnóstica no podrá por menos de ver en el *Apocalipsis* de San Juan una obra de la misma escuela de pensamiento, pues vemos a Juan que dice:

Siete truenos emitieron sus voces... [y] yo iba a escribir... [pero] oí una voz del cielo que me decía: Sella esas cosas que dijeron los siete truenos y no las escribas (*Ob. cit.*, X, 3, 4).

El mismo mandato recibió Marcos, y el mismo también todos los *completamente* Iniciados, y *semi*-iniciados. La igualdad misma de las expresiones usadas y de las ideas que bajo ellas se ocultan, revelan siempre una parte de los Misterios.



Debemos siempre buscar más de un sentido en todo misterio revelado alegóricamente, sobre todo en aquellos en que aparecen el número siete y su múltiplo siete por siete, o cuarenta y nueve. Ahora bien; cuando en *Pistis Sophia*, los discípulos del Rabino Jesús le suplicaron que les revelase los “Misterios de la Luz de su Padre” —esto es, del Yo Superior iluminado por La Iniciación y el Conocimiento Divino—, Jesús contesta:

¿Buscáis estos misterios? No hay misterios más excelentes que ellos; los cuales conducirán nuestras almas a la Luz de las Luces, al lugar de la Verdad y del Bien, al sitio donde no existe varón ni hembra, ni forma en ese lugar sino Luz, imperecedera, impronunciable. Nada hay, por tanto, más excelente que los misterios que buscáis, *exceptuando sólo el misterio de las siete Vocales, y sus cuarenta y nueve Poderes*, y los números de los mismos. Y ningún hombre es más excelente que todas estas (Vocales) (*Pistis Sophia*, pág. 378; King, *ibíd*, loc. cit.).

Según dice el Comentario hablando de los “Fuegos”:

Los Siete Padres y los Cuarenta y nueve Hijos resplandecen en las TINIEBLAS, pues ellos son la VIDA y la LUZ, y la continuación de éstas durante la Gran Edad.

Ahora bien; es evidente que, en toda interpretación esotérica de creencias exotéricas expresadas en formas alegóricas, se entraña la misma idea – el número fundamental *siete*, el compuesto de *tres* y *cuatro*, precedido por el TRES divino (C) constituyendo el número perfecto *diez*.

Estos números se aplican igualmente a divisiones del tiempo, a cosmografía metafísica y física, así como al hombre y a todo lo demás en la Naturaleza visible. De modo que estas *Siete Vocales* con sus *cuarenta y nueve Poderes*, son idénticas a los *Tres y Siete Fuegos* de los indos y cuarenta y nueve Fuegos; idénticas a los misterios numéricos del Simorgh persa; idénticas a las de los kabalistas judíos. Estos últimos empequeñeciendo los números (una manera suya de *poner velos*) reducían el tiempo de cada *Renovación* sucesiva, o lo que llamamos Ronda en lenguaje esotérico, a 1.000 años solamente, o sean 7.000 para las siete Renovaciones del Globo, en lugar de lo que, como es más probable, 7.000.000.000; y asignaban a la duración total del Universo, tan sólo 49.000 años (Véase la Sección sobre “La Cronología de los Brahmanes”, en el volumen III de esta obra).

Ahora bien; la Doctrina Secreta proporciona una clave que nos revela, sobre el Indisputable fundamento de la analogía comparada, que Garuda, el monstruoso semihombre y semiave alegórico —el Vâhana o vehículo en que Vishnu, como Kâla o el “Tiempo” se dice que montaba—, es el origen de todas estas alegorías. Es el Fénix indo, emblema del tiempo cíclico y periódico, el “Hombre-león” (Sinha), de cuyas representaciones están tan llenas las llamadas joyas gnósticas



(Según confesión de C. W. King, la gran autoridad en antigüedades gnósticas, estas joyas “gnósticas” no son obra de los gnósticos, sino que pertenecen a períodos precristianos, y son obra de “magos” (*ob. cit.*, pág. 241).

Sobre los siete rayos de la corona del león, y correspondiendo a sus puntos, están las siete vocales del alfabeto griego, AEHIUOW, que son testimonio de los Siete Cielos (King, *ibíd.*, pág. 218).

Éste es el León Solar y el emblema del Ciclo Solar, como Garuda (La falta de intuición de los orientalistas y anticuarios pasados y presentes, es notable. Así Wilson, el traductor del *Vishnu Purâna*, declara en su Prefacio que en el *Garuda Purâna* no encontró “ningún relato del nacimiento de Garuda”. Considerando que allí se da el relato en general de la “Creación”, y que Garuda es coeterno con Vishnu, el Mahâ Kalpa o Ciclo de Gran Vida, que principia y termina con el Vishnu *que se manifiesta*, ¿qué otro relato del nacimiento de Garuda podía esperar?) es el del Gran Ciclo, el Mahâ Kalpa, coeterno con Vishnu, y también, por supuesto, emblema del Sol y del Ciclo Solar. Esto se demuestra por los detalles de la alegoría. Garuda, cuando nació a causa de su “*deslumbrante esplendor*” es tomado por Agni, el Dios del Fuego, siendo por esto llamado Gaganeshvara, “Señor del Firmamento”. Su representación como Osiris, en las joyas Abraxas (gnósticas), y las muchas cabezas de monstruos alegóricos, con cabeza y pico de águila o de halcón –ambas aves solares– denotan el carácter solar y cíclico de Garuda. Su hijo es Jatâyû, el ciclo de 60.000 años. Según observa muy bien C. W. King:

Cualquiera que sea su significado primitivo [el de la joya con el león solar y las vocales] fue probablemente importado en su forma presente de la India esa verdadera fuente principal de la iconografía gnóstica (*Ibid.*, *loc. cit.*).

Los misterios de las siete Vocales gnósticas, pronunciadas por los Truenos de San Juan, sólo pueden descifrarse por el Ocultismo primitivo y original del Âryâvarta, traído a la India por los primeros brahmanes, que habían sido iniciados en el Asia Central. Y éste es el Ocultismo que estudiamos y tratamos de explicar, en cuanto nos es posible, en estas páginas. Nuestra doctrina de las siete Razas y siete Rondas de vida y evolución alrededor de nuestra Cadena Terrestre de Esferas puede verse hasta en el Apocalipsis (Véase el *Apocalipsis*, XVII, 2 y 10; y *Levítico*, XXIII, 15 a 18; el primer pasaje habla de los “siete Reyes”, de los cuales *cinco* han partido; y el segundo que se refiere a los “siete sábados”, etc.). Cuando los siete “Truenos”, o “Sonidos”, o “Vocales” –un significado de entre los siete, pues cada una de tales vocales se relaciona directamente con nuestra Tierra y sus siete Razas–Raíces de cada Ronda– “hubieron emitido sus voces”, pero prohibiendo al Vidente el escribirlas, y haciéndole “sellar aquellas cosas”, ¿qué hizo el Ángel “que está en el mar y en la tierra?”.



Levantó su mano al cielo, y juró por aquel que vive para siempre jamás... que no existiría más el tiempo; sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando ésta empiece a sonar, el misterio de Dios [del Ciclo] concluirá (*Ob. cit.*, X, 5-7).

Esto significa, en fraseología teosófica, que cuando termine la Séptima Ronda, entonces cesará el Tiempo. “El tiempo no existirá más” – muy naturalmente, puesto que vendrá el Pralaya y nadie quedará en la Tierra que lleve la división del tiempo, durante esa disolución periódica y suspensión de la vida consciente.

El doctor Kenealy y otros creían que los cálculos de los números cíclicos siete y cuarenta y nueve fueron traídos por los Rabinos de Caldea. Esto es más que probable.

Pero los babilonios, que poseían todos esos ciclos y los enseñaban solamente en sus grandes misterios iniciadores de Magia astrológica, obtuvieron su sabiduría y conocimiento de la India. Por tanto, no es difícil reconocer en ellos a nuestra propia Doctrina Esotérica. En sus cálculos secretos, los japoneses tienen las mismas cifras en sus ciclos. En cuanto a los brahmanes, sus *Purânas* y *Upanishads* son buena prueba de ello. Los últimos han pasado por completo a la literatura gnóstica; y un brahman sólo necesita leer *Pistis Sophia* (*Pistis Sophia* es un documento en extremo importante, un Evangelio genuino de los gnósticos, atribuido, a la ventura, a Valentino, pero que mucho más probablemente es una obra precristiana en cuanto a su original. Un manuscrito copto de esta obra fue traído por Bruce de Abisinia, y descubierto por Schwartze en el Museo Británico, por casualidad, y traducido por él en latín. El texto y la versión de Schwartze fueron publicados por Petemann en el año 1853. En el texto mismo se atribuye la paternidad de la obra al apóstol Felipe, a quien Jesús mandó sentar y escribir la revelación. Es genuino, y debiera ser tan canónico como cualquier otro Evangelio. Desgraciadamente hasta hoy permanece sin traducir al inglés) para reconocer la propiedad de sus antepasados, hasta en la misma fraseología y símiles empleados. Comparemos. En *Pistis Sophia* los discípulos dicen a Jesús:

Rabino revélanos los misterios de la Luz (esto es, el “Fuego del Conocimiento o Iluminación”)... por cuanto te hemos oído decir que hay otro bautismo de *humo*, y otro bautismo del Espíritu de la Luz Santa (esto es, el espíritu del Fuego).

Según dice Juan de Jesús:

Yo te bautizo verdaderamente con agua...; pero él te bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.

La significación verdadera de esta frase es muy profunda. Significa que **Juan, asceta no iniciado, no puede comunicar a sus discípulos una sabiduría mayor que la de los Misterios relacionados con el plano de la Materia, cuyo símbolo es el Agua. Su gnosia era la del dogma exotérico y ritual, la de la ortodoxia de la letra muerta (en el Ciclo de Iniciación, el cual era muy largo,**



el Agua representaba los pasos primeros e inferiores hacia la purificación, mientras que las pruebas relacionadas con el Fuego eran las últimas. El Agua podía regenerar el Cuerpo de Materia; sólo el Fuego regenera al Hombre Espiritual Interno); al paso que la sabiduría que Jesús, Iniciado en los Misterios Superiores les revelaría, era de un carácter más elevado, pues era la del “Fuego” de la Sabiduría de la verdadera Gnosis o Iluminación Espiritual *real*. La una era el Fuego, la otra el Humo. Para Moisés, el Fuego en el Monte Sinaí y la sabiduría espiritual; para las multitudes del “pueblo” que estaba abajo, para el profano, el Humo del Monte Sinaí, esto es, la corteza exotérica del ritualismo ortodoxo o sectario. (D.S. IV, 198-204).

El apóstol de los gentiles era animoso, sincero, franco y muy instruido; el apóstol de la circuncisión era pusilánime, desconfiado, falaz y muy ignorante.

No cabe duda de que San Pablo había sido iniciado, si no total, parcialmente al menos en los misterios teúrgicos. Así lo revela la semejanza de su estilo con el de los filósofos griegos, y el uso de ciertas expresiones peculiares a los iniciados. El doctor Wilder corrobora esta opinión en un notable artículo titulado “Pablo y Platón”, en el cual aduce una muy valiosa razón. **En las dos *Epístolas a los Corintios* emplea San Pablo “frases propias de los iniciados de Eleusis y Sabacio y expresiones tomadas de los filósofos (griegos).** El apóstol se llama a sí mismo *idiotas*, esto es, una persona torpe en la Palabra, pero versada en la *gnosis* o enseñanzas filosóficas. “Entre los perfectos hablamos sabiduría, escribe él (*la sabiduría oculta también*), no la sabiduría de este mundo, ni de los arcontes de este mundo, sino la *sabiduría divina en un misterio, secreto. . . que no conoció ningún arconte de este mundo*” ¿Qué otra cosa pueden significar estas inequívocas palabras de San Pablo, sino que él mismo, como Mystoe o iniciado, habla de las cosas únicamente explicadas en los misterios? La expresión: “La divina sabiduría es un misterio *que no conoció ningún arconte de este mundo*”, se refiere evidentemente al Basileo de la iniciación eleusina que conoció. El Basileo pertenecía al estado mayor del gran hierofante

Y era arconte de Atenas; y como tal era uno de los principales Mystoe, de los pocos a quienes se les consentía conocer los misterios *interiores*. Los magistrados que tenían a su cargo la vigilancia de los misterios eleusinos, se llamaban arcontes. (D.S., V, 166-167).



. . . Porque las palabras de Jesús (no las falsamente traducidas de “Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, sino las auténticamente veraces “¡Dios mío, Dios mío, cómo me has glorificado!”) pertenecen en su verdadero significado al ritual de los templos paganos. Las pronunciaba el iniciado después de las terribles pruebas de la iniciación, y estaban todavía frescas en la memoria de algunos Padres de la Iglesia cuando se tradujo al griego el *Evangelio de San Mateo*. Además, muchos hierofantes e iniciados vivían a la sazón; y de transcribir la frase en su recto sentido, se hubiera echado de ver que Jesús era sólo un iniciado. **La exclamación: “¡Dios mío, Sol mío has radiado sobre mí tus fulgores!”**, concluía la acción de gracia del iniciado, “el Hijo y glorioso Electo del Sol. En Egipto se han descubierto esculturas y pinturas representativas de esta ceremonia. El candidato aparece situado entre las dos divinidades que le apadrinan: “Osiris-Sol” con cabeza de halcón, símbolo de la vida y Mercurio con cabeza de Ibis que guía a las almas después de la muerte a su nueva morada, el Hades, representando la muerte del cuerpo físico. Ambos están derramando el “chorro de la vida”, el agua de la purificación, sobre la cabeza del iniciado, de modo que el chorro de Osiris forma cruz con el de Mercurio. Para mejor ocultar la verdad, este bajorrelieve era una “representación pagana del bautismo cristiano”. Des Mousseaux equipara a Mercurio con el arcángel San Miguel, diciendo que es:

El asesor de Osiris-Sol, como San Miguel es el asesor o Feruer del Verbo.

El monograma de Chrestos y el lábaro o estandarte de Constantino (quien dicho sea de paso murió pagano) es un símbolo derivado del rito egipcio y denota asimismo “la vida y la muerte”. Mucho antes de que fuese adoptado el signo de la cruz como símbolo cristiano, era empleado como secreto signo de reconocimiento mutuo entre neófitos y Adeptos. (D.S., V, 209-210).

Es muy significativo que nada pruebe en el Nuevo Testamento la divinidad de Jesucristo a los ojos de sus discípulos, quienes ni antes ni después de su muerte le tributaron honores divinos, sino que sencillamente le llamaban “maestro”, o sea el mismo título con que a Pitágoras y Platón honraban los suyos. (Isis III, 252).

Vemos que San Juan Bautista, el precursor, profeta y mártir, según el cumplimiento de las profecías anuncia públicamente el bautismo de fuego y del Espíritu Santo (Durante el bautismo de Jesús se abrieron los cielos y el Espíritu de Dios descendió en figura de paloma. –*San Mateo*, III, 16); y sin embargo, sus discípulos, que



tan convencidos debieran estar de las palabras de su maestro, declaran que *nunca han oído hablar del Espíritu Santo*.

Verdaderamente, tenían razón los autores del *Codex Nazareus*; pero no a Jesús, sino a los que posteriormente tergiversaron el *Nuevo Testamento* con tendenciosas miras, debemos culpar de haber adulterado la doctrina de Juan, la significación del bautismo y el sentido de las palabras de justicia.

No cabe objetar que el *Codex*, tal como lo conocemos, fue escrito siglos después de la predicación de los inmediatos discípulos de Juan, pues lo mismo ocurrió con los *Evangelios*. Cuando Pablo habló con los bautistas, no había aparecido aún entre ellos Bardesanes, y por lo tanto nadie tildaba de herética a dicha secta. Además, la rivalidad suscitada desde un principio entre los discípulos de Jesús y de Juan nos da a entender que los de este último no tomaron en consideración la promesa del “Espíritu Santo”; y por otra parte, tan poco seguro estaba Juan de que Jesús fuese el Mesías prometido, que después del bautismo y no obstante la voz que desde el cielo dijo: *Este es mi Hijo el amado* (*San Mateo*, III, 17), envía desde la cárcel a dos discípulos para que le pregunten a Jesús: “¿Eres tú aquel que ha de venir o hemos de esperar a otro (*Id.*, XI, 3)?”

Tan flagrante contradicción bastaría para desvanecer toda hipótesis respecto a la divina inspiración del *Nuevo Testamento*; pero todavía cabe preguntar: Si el bautismo simboliza regeneración en un sacramento instituido por Jesús, ¿cómo no bautizan hoy los cristianos en fuego y Espíritu Santo en vez de seguir el rito de los nazarenos? Las interpolaciones llevadas a cabo por Ireneo no tuvieron, según se ve, otro fin que presentar el sobrenombre de nazareno dado a Jesús como dimanante de su larga residencia en Nazareth, y no de su filiación en la secta de los nazarenos.

El fraude de Ireneo fue muy poco afortunado, porque desde tiempo inmemorial tronaron los profetas contra el bautismo de fuego que practicaban los países vecinos para comunicar el “don de la profecía” o sea el Espíritu Santo. Pero Ireneo se vio en situación comprometida, pues a los cristianos les llamaban las gentes nazarenos e iesaenos, según dice Epifanio, y a Jesús se le tenía, en opinión general aun de sus mismos discípulos, por uno de tantos profetas y saludadores judíos. Por lo tanto, no había en esto fundamento apropiado para proclamar la divinidad de Jesucristo ni para estatuir una nueva jerarquía, y así hubo Ireneo de inventar los elementos que requería su intencionado propósito.

Las pruebas de que Jesús pertenecía a la secta de los nazarenos no hemos de buscarlas en las traducciones de los *Evangelios*, sino en los textos originales. Tischendorf traduce por *Iesu Nazarene* (*Lucas*, IV, 34) el nombre griego



que en el texto siríaco dice: *lasua el nazaria*. De modo que, dada la incomprensible confusión de los cuatro *Evangelios*, según aparecen hoy después de revisados, fácilmente colegiremos que el genuino cristianismo predicado por Jesús está contenido en las llamadas herejías siríacas. Tal era el convencimiento de Pablo cuando el abogado Tértulo le acusó ante el gobernador Félix de “promover sediciones como jefe de la secta de los nazarenos” (*Hechos de los Apóstoles*, XXIV, 5); a lo que el acusado replica:

...ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan. Pero confieso... que según la secta que ellos dicen herejía, sirvo yo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley y en los profetas (Id., XXIV, 13, 14).

Esta confesión demuestra concluyentemente:

1º Que Pablo pertenecía a la secta de los nazarenos.

2º Que adoraba al Dios de sus padres, no al Dios trino, cuyo concepto se dogmatizó después de su muerte.

Además, explica el motivo de que durante largo tiempo no fueran tenidos por canónicos los *Hechos de los apóstoles* ni el *Apocalipsis de San Juan*.

Tanto los neófitos como los hierofantes de Biblos estaban obligados a ayunar y permanecer en soledad durante algún tiempo después de la celebración de los Misterios. Iguales prácticas se requerían antes y después de los ritos báquicos, adonisiacos y eleusinos. Herodoto insinúa con temor y respeto algo referente al lago de Baco, donde “los sacerdotes efectuaban por la noche escenas de la vida y pasión del dios” (*Herodoto*, II, p. 170). En los misterios de Mithra el neófito simulaba la escena de la muerte antes de “nacer de nuevo” por virtud del bautismo (Algo de esta ceremonia practican aún hoy en día los masones cuando el neófito se finge muerto como el gran maestro Hiram, y le resucita el enérgico impulso de la garra del león).

Los sacerdotes de los Misterios estaban circuncidados, y el neófito no podía recibir la iniciación sin haber asistido de antemano a los Misterios del Lago. **Los nazarenos recibían el bautismo en el río Jordán y no en otras aguas; también estaban circuncidados y ayunaban antes y después de la ceremonia bautismal** (Por esta razón ayunó Jesús cuarenta días en el desierto después de recibir el bautismo. Hoy mismo hay en el recinto externo de todos los templos de la India un estanque, arroyo o balsa de agua bendita para las abluciones cotidianas de los brahmanes y de los fieles. Dos veces al año, en Abril y Octubre, se celebran las fiestas bautismales que duran diez días, y durante ellas sumergen los sacerdotes las imágenes sagradas en agua bendita con objeto de lavar las culpas que de sus devotos recayeron en ellas. La ceremonia del baño (*arátty*) consiste en que los brahmanes conducen a hombros la imagen de la divinidad titular del templo, seguidos del maharajah del distrito, descalzo y casi desnudo. Tres veces entran los sacerdotes en el estanque y la tercera con la imagen que mantienen en alto, mientras la multitud de fieles allí



congregados recitan las preces. Después, el sacerdote mayor, en nombre de la mística *Trinidad*, sumerge tres veces la imagen en el agua, con lo que queda purificada. Los himnos órficos llaman al agua el purificador por excelencia de hombres y dioses. El sumo pontífice hinduista o jefe supremo de los namburis, que reside habitualmente en Cochinchina, suele presidir estas fiestas).

La secta nazarena existía ya unos ciento cincuenta años antes de J.C., y sus prosélitos habitaban a orillas del Jordán y en la ribera oriental del mar Muerto, según Plinio y Josefo (*Judea antigua*, XIII, 9; XV, 10. Sin embargo, King cita en su obra: *Gnósticos* al historiador Josefo, diciendo que los esenios moraban en las orillas del mar Muerto muchos siglos antes de la época de Plinio. Con todo, King tiene esta afirmación por hiperbólica, y se inclina a creer que los esenios eran monjes budistas de una de las comunidades denominadas *Hijos de los profetas*. (*Los gnósticos y sus huellas*, pág. 22).

Dice Munk que galileo es casi equivalente a nazareno, y que los naturales de dicha comarca de Judea mantenían muy íntimo trato con los gentiles, hasta el punto de que la plebe se había asimilado algunos ritos y ceremonias religiosas del paganismo, por lo que los judíos ortodoxos miraban despectivamente a los galileos (Llegaron los galileos a celebrar los *adonia* o ritos de Adonis, sobre cuyo inanimado cuerpo lloraban los fieles. De estas prácticas paganas se lamenta San Jerónimo diciendo: “El bosque de Thammuz (Adonis) proyectaba su sombra sobre Bethlehem. Y en la gruta donde por vez primera lloró el niño Jesús habían llorado las gentes al amante de Venus”. (*Epístolas*, 49; véase también Danlap: *El espíritu de la historia*, pág. 218) Después de la sublevación judía de Bar Cochba, el César romano restableció los Misterios de Adonis en la gruta de Belén, que bien hubiera podido ser la *petra* o “templo abierto en la roca” que sirvió de cimiento a la Iglesia con alegoría análoga a la del verraco adonisíaco colocado sobre la puerta de Jerusalén que daba al camino de Belén).

Añade Munk que “**los nazarenos formaban ya comunidad regular antes de la promulgación de las leyes de Musah**” (*Munk*, pág. 169); y así lo demuestra el pasaje del *Libro de los Números* (Cap. VI, 1 a 21) que minuciosamente describe esta secta, hasta el punto de que en las órdenes dadas por el Señor a Moisés se reconocen sin dificultad los ritos, ceremonias y reglas de los sacerdotes de Adonis (Ceres y Baco, símbolos del *pan* y *vino* místicos, tomaban en los Misterios de Adonis los nombres de Adonis y Venus. Movers, apoyado en la autoridad de Lido de Mens, demuestra la equivalencia de lao, Baco y Jehovah, o sea el céntrico sol de los cabalistas. Sin embargo, en los Misterios no se le adoraba con el nombre de lao. Véase también a este propósito la obra: *El espíritu de la historia*, pág. 195), **pues como éstos se obligaban los esenios a la pureza y abstinencia y se dejaban crecer el cabello** (La misma costumbre siguen los cenobitas y fakires de la India, al paso que los individuos de las demás sectas se rasuran y sólo se abstienen de vino en determinados días del año). Del profeta Elías, también nazareno, dicen las *Escrituras* que era “hombre peludo, que lleva ceñido a sus lomos un cinto de cuero” (IV Reyes, I, 8 (Vulgata). – Igualmente lo describe Josefo. Por otra parte, Juan el Bautista y Jesús llevaban también el pelo largo. Juan vestía pieles de camello con cinturón de cuero, y Jesús una larga túnica inconsútil, blanca como la nieve (según el evangelista Marcos), o sea el mismo traje de los nazarenos, pitagóricos y esenios, tal como los describe Josefo.



Respecto al incontrovertible hecho de que Jesús llevaba el pelo largo, se echa de ver una desmañada interpolación en el capítulo XI, Epístola primera de San Pablo a los corintios, cuyo versículo 14 dice: “La misma naturaleza os enseña que le sería ignominioso al varón el criar cabello”. Seguramente, no pudo decir San Pablo tal cosa so pena de confesarse ignorante de las circunstancias personales de su Maestro. Esta es otra prueba de que conviene precaverse contra la adulteración de los textos).

Los autores antiguos aplicaron las denominaciones *nazar* y *nazareth* indistintamente a los adeptos judíos y paganos (Así dice Alejandro Polyhistor que Pitágoras fue discípulo del asirio Nazaret, en quien algunos ven al profeta Ezequiel. Además, Diógenes Laercio afirma categóricamente que Pitágoras, después de recibir la iniciación en los Misterios griegos, fue a Egipto y Caldea. Por su parte, Apuleyo sostiene que Pitágoras fue discípulo de Zoroastro). **De seguro nos concitaríamos las iras clericales con sólo apuntar la idea, muy verosímil por otra parte, de que los nazarenos de Judea y sobre todo los “profetas del Señor”, estaban iniciados en los Misterios paganos y pertenecían en su mayor parte a una misma confraternidad internacional de adeptos.** Recordemos a este propósito que según refieren Amiano Marcelino y otros historiadores, al penetrar Darío Hystaspes en la Bactriana (India septentrional), aprendió de los brahmanes la ciencia astrológica y cosmológica con ritos de purísima significación que comunicó a los magos. En cambio, también dice la historia que Darío acabó con los magos y restableció el culto de Ormuzd y la religión pura de Zoroastro, lo cual parece oponerse al epitafio puesto en la tumba de Darío diciendo que fue hierofante o maestro de magia. El error histórico resulta evidente, de modo que en esta confusión de nombres, el Zoroastro instructor de Pitágoras no pudo ser el fundador de la religión parsi ni el reformador Zarathustra ni el profeta de la corte de Vistaspa (Algunos asiriólogos confundieron al rey Vistaspa, llamado también Gushtasp, con el Hystaspes, a quien han supuesto padre de Darío. En cambio, según las tradiciones persas, Vistaspa fue el último monarca de la dinastía kaianiana de Bactriana, lo cual basta para demostrar la remota antigüedad de la religión de Zoroastro, pues los asirios conquistaron aquel país 1200 años antes de J.C), ni tampoco el que sobrepuso la autoridad de los magos a la de los mismos reyes. En el *Avesta*, que es el más antiguo texto sagrado parsi, no se descubre ni el más ligero indicio de que el reformador hubiese tenido relación alguna con los países que posteriormente adoptaron el culto mazdeísta, pues ni siquiera menciona a los iranos, medos, asirios y persas. Por lo tanto, es muy natural que el nombre de Zoroastro no fuese propio de una sola personalidad, sino común a todos los jerarcas de la religión mazdeísta (A los filólogos corresponde desentrañar el verdadero significado de la palabra Zoroastro. En sánscrito, *guru* significa maestro espiritual, y *guruastara* adorador del sol. Posible es por lo tanto, que a través de las modificaciones idiomáticas se convirtiera esta última palabra en zuryastara primero y más tarde en Zoroastro. Opinan los cabalistas que hubo un solo Zarathustra y varios *zoroastros* o *guruastaras*, uno de los cuales fue el maestro de Pitágoras. Esta es nuestra personal opinión, pues mucha mayor confianza nos merece la tradición cabalística que las discrepantes hipótesis de los orientalistas). (Isis III, 176-182).



El judío Filón (Llamado en algunas citas de esta misma obra Filo Judeo), contemporáneo de Jesús y muy versado en las filosofías de Platón y Aristóteles, interpretó la antiquísima literatura hebrea hasta el punto de probar la coincidencia de la esotérica doctrina cabalística con la de los filósofos griegos, cuyo espíritu descubre en los libros mosaicos. Por esto dice Kingsley que Filón fue el patriarca del neoplatonismo. **Es evidente que los terapeutas de Filón eran esenios, aunque no todos los esenios fuesen terapeutas** (Asaya significa médico. Los textos siriacos llaman *asaia* a San Lucas. El significado de esta palabra dio motivo a numerosas combinaciones para conciliar las profecías hebreas con el nacimiento y divinidad de Jesús).

Tanto este autor como Josefo han descrito la secta de los esenios con suficientes pormenores para evidenciar que el reformador Jesús, después de pasar la mocedad en los monasterios del desierto y de haber sido iniciado en los Misterios, prefirió la vida independiente de la predicación, convirtiéndose en terapeuta errante. Lo mismo Jesús que Juan el Bautista anunciaron el fin de los tiempos (La división de los siglos en tiempos y épocas es esotérica y búdica; pero los comentadores profanos tomaron las palabras de Jesús en sentido literal, creyendo que se refería al fin del mundo. Sobre este particular ha habido varias profecías. Virgilio (*Egloga IV*) habla del *Metraton* o nueva progenie en que terminará la *edad de hierro*, para dar principio a la *edad de oro*), **lo cual demuestra que conocían los cómputos secretos de hierofantes y cabalistas, quienes con los priores de las comunidades esenias poseían el secreto** (Dice Munk que los priores o abades esenios eran cabalistas y teurgos, que tenían libros místicos y vaticinaban el porvenir. - *Palestina*, págs. 525 y sig).

Dunlap, cuyas investigaciones fueron muy felices en este punto, remonta el origen de los esenios, nazarenos, dositeanos y otras sectas a una época anterior a Jesucristo, y dice de ellos:

Renunciaban a los placeres terrenales, menospreciaban las riquezas, se amaban unos a otros y se mantenían célibes, por considerar eminente virtud el dominio de la carne (*Sod*, tomo II, prefacio XI).

Precisamente, éstas fueron las virtudes predicadas por Jesús. **Si atendemos al espíritu de los Evangelios, resultará que Jesús profesaba la doctrina de la reencarnación como los esenios, que la habían aprendido de los pitagóricos, pues según afirma Jámblico, Pitágoras residió algún tiempo con los esenios en el monte Carmelo** (Jámblico: *Vida de Pitágoras*. – Según Munk, el nombre de esenios (*iesoens*) deriva del siriano *asaya* (médico), y los individuos de esta secta eran análogos a los terapeutas egipcios. - *Palestina*, pág. 515).

En sus pláticas y sermones solía hablar Jesús en parábolas y metáforas, según costumbre de los esenios y nazarenos, sin que jamás se tuviera noticia de que así lo hicieran los galileos, pues éstos se admiraban de oír a su compatriota expresarse de aquel modo, y así le decían:



¿Por qué les hablas por parábolas? (San Mateo, XIII, 10).

Y responde como verdadero iniciado:

Porque a vosotros es dado saber los Misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden” (*San Mateo*, XIII, 11 y 13).

Además, en algunas ocasiones se valió de frases evidentemente pitagóricas, como cuando aconseja:

No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen (*San Mateo*, VII, 6).

Wilder dice a este propósito:

Se advierte en Jesús y en Pablo la misma propensión a clasificar sus doctrinas en esotéricas y exotéricas. Jesús comunicaba los Misterios del reino de los cielos a los apóstoles, y hablaba en parábolas a la multitud. Pablo dice por su parte: “Nosotros hablamos sabiduría entre los perfectos o iniciados” (Este descenso simbolizaba la encarnación del alma, que para los filósofos de la antigüedad y aun hoy para los budistas, es un castigo de pasadas culpas).

Los asistentes a los Misterios se clasificaban en *neófitos* y *perfectos*. Los primeros eran admitidos algunas veces a las dramáticas representaciones de Ceres, o sea el alma que desciende al hades (Este descenso simbolizaba la encarnación del alma, que para los filósofos de la antigüedad y aun hoy para los budistas, es un castigo de pasadas culpas); **pero únicamente los perfectos podían conocer los misterios del elysium o morada de los bienaventurados, evidentemente idéntica al “reino de los cielos”** (Es imposible negar esta afirmación sin cerrar los ojos a la verdad).

Dice el apóstol Pablo:

Y conozco a este tal hombre; si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe. Que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras secretas (XXXXXXX) que al hombre no le es lícito repetir (*II Corintios*, XII, 3 y 4).

Este pasaje ha sorprendido a varios comentadores versados en los ritos de la iniciación, porque alude claramente a la *epopteia* o revelación final; y aunque pocos de ellos lo han relacionado con las beatíficas visiones de los iniciados, la terminología empleada desvanece toda duda, pues *las cosas que no es lícito repetir* se encubren en la misma frase, y la razón del secreto es la misma que vemos expuesta en Platón, Proclo, Jámblico, Herodoto y otros autores.

El pasaje de San Pablo, que dice:



Hablamos sabiduría entre los perfectos, debe explicarse diciendo:

Hablamos de las más profundas doctrinas de los Misterios únicamente entre los iniciados en ellas (Los antiguos denominaron primero *sabiduría*, después *filosofía*, y por último *gnosis*, a la doctrina esotérica referente al origen y divina filiación del alma humana y su descenso en la materia, para re-ascender hasta Dios a través de sucesivas transmigraciones. (*Misterios eleusinos*, pág. 49, nota).

Resulta, por lo tanto, que en la frase: “el hombre arrebatado al paraíso”, y que sin duda fue el mismo Pablo (Así lo afirma Cirilo de Jerusalén. Véase: VI, 10), está substituida la palabra pagana *elysium* por la cristiana *paraíso*. De que este pasaje alude a las visiones de los iniciados, tenemos prueba en que, según ya dijimos en otro lugar de esta obra, asegura Platón que antes de que un iniciado pueda ver a los dioses ha de libertarse del cuerpo astral (*Fedro*, 64). Análogamente describe Apuleyo su iniciación en los Misterios, diciendo:

Me aproximé a los confines de la muerte, y después de pisar los umbrales de Proserpina volví transportado a través de los elementos. En medio de la noche brillaba el sol con luz esplendorosa, y vi los dioses infernales y celestes (Estos dos adjetivos equivalen aquí a dioses *menores* y *mayores*) a quienes pagué tributo de adoración (*El asno de oro*, XI).

Así, pues, como Pitágoras y otros hierofantes reformadores, Jesús dividió sus enseñanzas en esotéricas y exotéricas, y según costumbre de los esenios, jamás se sentó a la mesa sin que precediera la acción de gracias (Al tratar Josefo de los esenios, dice que oraban antes de comer). También clasificó a sus discípulos en *neófitos*, *hermanos* y *perfectos*, aunque su magisterio público no duró lo bastante para formar escuela; y no parece que iniciara a ningún apóstol excepto Juan, pues el autor del *Apocalipsis* fue cabalista iniciado, según se infiere evidentemente de que intercaló en su obra pasajes enteros del *Libro de Enoch* y de su compendiado remedo la *Profecía de Daniel*. Además, los ofitas gnósticos repudiaban el *Antiguo Testamento* por “emanar de un ser inferior” (Jehovah), y en cambio admitían el *Libro de Enoch*, en cuyo texto apoyaban sus dogmas religiosos (Las alegorías apocalípticas son idénticas a los amuletos y talismanes gnósticos. Las “siete vocales” equivalen a los “siete sellos”, y el nombre de Dios que *nadie más que Dios conoce* (*Apocalipsis*, XIX, 12), es el místico nombre de *Abraxas* y el *Shem Hamphirosh*, el nombre inefable. Más adelante demostraremos la íntima relación entre la *Kábala* y el *Apocalipsis*). Otra prueba de que Juan era cabalista, la tenemos en que fue desterrado a la isla de Patmos cuando la persecución emprendida por el emperador Domiciano contra los astrólogos y cabalistas (No es cierto, como algunos historiadores suponen, que esta persecución fuese contra los cristianos. La motivó el supersticioso recelo del emperador, a quien los astrólogos judíos le habían pronosticado que moriría tan miserablemente como el rey Azahías, por haber provocado la cólera de Beelzebú, dios protector de las moscas, con su manía de coger estos insectos y atravesarlos con un alfiler de oro. (Véase: Suetonio: *Vita Eutrop*, 7).



En todas las poblaciones adónde iba Jesús a predicar le acusaban los fariseos de ejercer la magia egipcia (El rabino Wise opina que Jesús pertenecía a la secta de los fariseos, y el *Talmud* dice que lo fue el apóstol Jaime. En nuestro concepto, no fueron los fariseos sino los saduceos los concitadores del pueblo contra Jesús. Los fariseos constituían la casta sacerdotal de la estirpe de Zadok. Por otra parte, los *Hechos de los apóstoles* dicen que fueron perseguidos por los saduceos, pero nunca por los fariseos, quienes a decir verdad no persiguieron a nadie, y entre ellos se contaban los escribas, rabinos y doctores sin prejuicios de clase como los saduceos) y de lanzar los demonios en nombre de Beelzebú (Tanto fundamento tenía esta acusación como más tarde la del clero romano contra muchos inocentes quemados por el supuesto delito de magia). Por otra parte, San Justino Mártir no sólo afirma con toda autoridad que los gentiles de su tiempo atribuían los milagros de Jesús a operaciones mágicas (XXXXXXX) idénticas a las de los taumaturgos paganos, sino que deplora que le llamaran embaucador del pueblo (*Diálogos*, 69).

Según el *Evangelio de Nicodemus*, los judíos acusaron de mago a Jesús ante Pilatos diciendo: “¿No te hemos dicho que era mago?” Celso alude a la misma acusación, y como neoplatónico cree en ella (Orígenes: *Contra Celso*, II). **El rabino lochan refiere que a Jesús le era tan fácil volar por los aires como al común de las gentes andar por el suelo (Magia, 51). San Agustín asegura que, en opinión general de los contemporáneos, Jesús había sido iniciado en Egipto y escribió tratados de magia que legó a Juan** (Orígenes, II. – Hubo una obra titulada *Magia Jesu Christi* atribuida a Jesús. Véanse: August de Consans: *Evang.*, I, 9; Fabric: *Cod. Apud. N. T.*, I, pag. 305). En las *Clementinæ Recognitionis* se acusa a Jesús de haber operado milagros no como profeta judío, sino como mago pagano (*Recog.*, I, 58).

Entonces, igual que ahora, el clero fanático, la plebe ínfima y la aristocracia no iniciada en los Misterios solían acusar de hechicería a los hierofantes y adeptos de mayor nota (Ejemplo de ello tenemos en el iniciado Apuleyo, a quien acusaron de hechicería y de llevar consigo una figura de esqueleto humano que se consideraba poderoso talismán de magia negra). Una de las pruebas más valiosas de que a Jesús le tuvieron por mago sus coetáneos, nos la ofrece el sarcófago del *Museo Gregoriano*, cuyos bajorrelieves representan los milagros de Jesús y entre ellos el de la resurrección de Lázaro, donde figura Jesús con el rostro lampiño y una varita en la mano, como los nigrománticos, mientras que el cuerpo de Lázaro está vendado exactamente como las momias egipcias.

De seguro que el mundo cristiano se parecería más a Cristo y la humanidad no tendría más que una religión y un solo Dios, sin las complicadas y absurdas disquisiciones acerca del “Hijo del Hombre”, si dispusiéramos de un retrato auténtico de Jesús, trazado como la figura del sarcófago en los albores del cristianismo, cuando todavía las gentes conservaban vivo el recuerdo de las circunstancias personales de fisonomía e indumentaria del Reformador. Las dudas y perplejidades religiosas proceden de la falta de



datos positivamente personales de la figura divinizada por el cristianismo, pues mientras predominó en la nueva religión el elemento judío no hubo imagen alguna de Jesús, por el horror que inspiraba toda representación plástica, según enseñaron los caldeos. Así es que hubieran tenido por sacrílega irreverencia cualquier representación de su Maestro.

En los días de Tertuliano, la única efigie válida de Jesús era una alegoría del Buen Pastor, que, sin embargo, no lo representaba fisonómicamente, pues se reducía a una figura de hombre con cabeza de chacal, como Anubis, y con la rescatada oveja al hombro (Dice King que al profano le parece humana la cabeza de esta figura, pero examinada detenidamente, resulta el Anubis de doble cabeza, una humana y otra de chacal, con una serpiente de cabeza erguida a modo de cinturón).

Esta figura, según dice King, tenía dos significaciones: una exotérica, para el vulgo, y otra esotérica, para el iniciado, y tal vez sería el sello de algún apóstol o adepto de superior categoría (King: *Los gnósticos y sus huellas*, pág. 201). Esto es una nueva prueba de que la doctrina de los primitivos cristianos no difería mucho de la de los gnósticos. Epifanio (*Herejías*, XXVII) acusa a los carpocracianos de adorar pinturas y esculturas de oro, plata y otros materiales, que, según ellos, eran efigies de Jesús trazadas por Pilatos, a las que secretamente tributaban culto y ofrecían sacrificios al uso de los gentiles, como también a las imágenes de Pitágoras, Platón y Aristóteles (¿Qué diría el piadoso Epifanio si resucitara y viese la basílica de San Pedro de Roma?) **De esto infiere King que en el año 400 de nuestra era todavía se tenía por pecado abominable la representación figurada de la persona de Jesucristo.** También San Ambrosio se indigna contra la afirmación de Lampridio de que Alejandro Severo tenía en su oratorio particular una imagen de Jesucristo entre las de eminentes filósofos, y a este propósito exclama:

La mente se conturba y se resiste a la idea de que los paganos hayan conservado la efigie de Cristo y los cristianos no hayan cuidado de tenerla.

De esto se colige que, excepto el núcleo de cristianos más tarde triunfantes, la aristocracia intelectual del paganismo honró a Jesús como un filósofo adepto de la misma categoría que Pitágoras y Apolonio. Si hubiese sido, según pretenden los Evangelios sinópticos, un oscuro carpintero de Nazareth, no le tributaran de seguro tales honras los paganos. No hay de la divinidad de Jesús, es decir, considerado como encarnación del Hijo de Dios, ni una sola prueba que resista a la crítica exegética. En cambio, cuando se le mira como reformador radical, acérrimo adversario del dogmatismo teológico, debelador de la hipocresía y promulgador de uno de los más sublimes códigos de moral, es Jesucristo una de las más colosales y mejor definidas figuras de la historia, que irá tornando mayor relieve a medida que transcurran los siglos, aunque los teológicos dogmas forjados por la fantasía humana vayan perdiendo de día en día su innmerecido



prestigio. Jesucristo reinará universalmente el día en que todos los hombres se amen como hermanos con el amor del incognoscible Padre común de la raza humana.

En una carta atribuida apócrifamente al senador Léntulo, escrita en latín horrible y dirigida al Senado romano, hallamos una descripción de la persona de Jesús, que se ajusta a las usanzas de la época, pues dice que **“Jesús llevaba la cabellera suelta en ondas que le caían sobre los hombros, pero partida en raya por la mitad, a estilo de los nazarenos”**. Este pasaje de la descripción nos inclina a considerar concluyentemente:

1º Que, en efecto, los nazarenos, por observancia de su regla, llevaban la cabellera tal como la descrita y según aparece en la figura bíblica de Juan el Bautista.

2º Que si el senador Léntulo hubiese escrito la carta que se le atribuye, seguramente la conociera San Pablo y no dijera como dijo, con ofensa de Cristo su Señor, que es vergonzoso para un hombre llevar el pelo largo.

3º Que si Jesús llevaba el pelo a usanza de los nazarenos, debió recibir este sobrenombre, no por ser vecino de Nazareth, pues éstos no llevaban así el pelo, sino por pertenecer a la secta de los nazarenos, que en la época de Juan el Bautista era ya herética a los ojos del Sanhedrín (Es de notar que el apóstol predilecto, San Juan Evangelista, único que no abandonó a su Maestro en el día de la prueba, llevase también el cabello como los nazarenos. Por otra parte, Jesús era adversario de las prácticas de la ortodoxia judía, y resulta evidente que no hubiera llevado el cabello en dicha forma de no pertenecer a la herética secta de los nazarenos o “consagrados al Señor”, en cuya cabeza no debía tocar navaja. Así lo corroboran los dos pasajes siguientes de las Escrituras hebreas: “Santo será, dejando crecer la cabellera de su cabeza”. (*Números*, VI, 5) “Porque concebirás y parirás un hijo a cuya cabeza no tocará navaja; porque será nazareno de Dios desde su infancia...” (*Jueces*, XIII, 5) Este último pasaje se refiere a Sansón, que también fue nazareno y tenía la fuerza en el cabello).

El Talmud dice que los nazarenos eran saludadores y exorcistas errantes, y así lo atestigua Jervis (*El verdadero israelita*, II, 238; *Tratado nazir*) al declarar que **“los nazarenos iban de pueblo en pueblo curando enfermos y vivían de limosna”**. Por su parte, Epifanio dice incongruentemente que “los nazarenos seguían en gradación herética a los corintios, ya fuesen anteriores o posteriores a éstos, no obstante ser coetáneos”, y añade que “en aquel tiempo a todos los cristianos se les conocía con el nombre de nazarenos” (*Epiph.*, ed. Fetar, I, 117).

Al hablar Jesús de Juan dice que éste es el “Elías que había de venir”. Si este pasaje no se interpoló posteriormente para simular el cumplimiento de una profecía, da a entender que Jesús, además de nazareno, también era cabalista y creía en la reencarnación, pues en esta doctrina sólo estaban



iniciados los esenios, nazarenos y discípulos de Simeón ben lochai y de Hillel, sin que nada supieran de ella los judíos ortodoxos ni los galileos (La secta de los saduceos negaba la inmortalidad del alma). (Isis III, 186-196).

. . . Preguntemos otra vez: ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Los convertidos por la sencilla elocuencia de Pablo, que en nombre de Jesús prometía libertarlos de las ligaduras del dogmatismo. Sabían que eran los “hijos de la promesa” (*Gálatas*, IV, 28), y no estaba velada para ellos la bíblica alegoría en que Agar (*Id.*, IV, 24) simboliza la Sinagoga judía, que convirtió en esclavitud la alianza del Sinaí y puso en cautiverio a los hijos de Jerusalén.

Gran número de judíos conversos injertaron en el cristianismo la persecutoria intolerancia desatada contra todo el que abominaba de la mojigatería y el dogmatismo; pero, por otra parte, se afiliaron a la nueva religión muchos gentiles pertenecientes al vulgo del paganismo (Los autores modernos vacilan en la recta aplicación de la palabra paganismo. Sobre el particular dice Wilder: “Suele dársele a la palabra paganismo un significado más o menos ignominioso con toques de calumnia, cuando su verdadera equivalencia aceptiva es de “antiguo culto étnico”. Pero como poquísimos hubiesen comprendido esta frase, hemos adoptado la vulgar palabra paganismo, aunque no en sentido despectivo ni desdeñoso, pues una religión profesada por filósofos como Platón, Epicteto y Anaxágoras no pudo ser grosera y superficial, ni tampoco indigna de sincera atención. Además, las religiones judía y cristiana se asimilaron muchos ritos, ceremonias y símbolos paganos, entre ellos la cruz, las vestiduras sacerdotales, los sacramentos, las fiestas religiosas, el sábado de precepto, etc., que ya se conocían y observaban miles de años antes de la era cristiana. El mazdeísmo se anticipó en esto mucho más de lo que imaginan los asiriólogos. Pero aun después de abolido el culto pagano en las ciudades del imperio romano, persistió por tradición y costumbre en las comarcas rurales llamadas genéricamente *pagos*, de donde la religión tomó el nombre de *paganismo* y sus fieles el de *paganos*), que por ignorancia de las verdades religiosas enseñadas en los Misterios estaban ansiosas de saber cuál era el único y verdadero Dios en aquel confuso panteón de dioses mayores y menores.

A su vez, el apóstol Pedro, no desligado de las prácticas judías y partidario de la circuncisión, prometía a sus catecúmenos la resurrección a una vida futura, si observaban la ley, aunque ninguno de ellos tenía más idea de la resurrección que la expuesta por los fariseos, pero negada por los saduceos.

La animosidad de Pedro (Pedro no desaprovechaba ocasión de impugnar y aun de zaherir a Pablo con alusiones tan diáfanos, que a pesar de no



nombrarle se echa de ver que se refiere a él) contra Pablo dificultó su apostolado, siendo así que hubiera podido convertir a gran número de paganos sin noción alguna de la vida futura, y a no pocos judíos, tanto de los que creían en la resurrección predicada por los fariseos, como de los pertenecientes a la escuela escéptica y materialista de los saduceos. Esto explica el escaso éxito que el cristianismo obtuvo entre las clases cultas y aristocráticas, según demuestra la historia eclesiástica, pues oían de labios de Pedro lo contrario de lo que decía Pablo, y vacilaban entre uno y otro, sin saber de qué parte estaba la verdad y la inspiración divina.

Decía Pablo:

Echa fuera a la sierva y a su hijo, porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre. Y así, hermanos, no somos hijos de la sierva sino de la libre, con cuya libertad Cristo nos hizo libres. Mirad que os digo yo, Pablo: que si os circuncidareis, Cristo no os aprovechará de nada (*Gálatas IV, 30 y 31; V, 2*).

En cambio, Pedro exclamaba:

Porque hablando palabras arrogantes de vanidad...

Prometiéndoles *libertad* siendo ellos mismos esclavos de la corrupción, porque todo aquel que fue vencido queda esclavo del que lo venció.

Y si después de haberse apartado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador, enredados de nuevo en ellas son vencidos.... *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia* que después de conocerlo volver las espaldas a aquel mandamiento santo que les fue dado (*II Epístola del apóstol San Pedro, II, 18 a 21*).

¿Qué quiso significar Pedro con esto?

No podía aludir a los gnósticos, pues no les había sido comunicado el santo mandamiento, como a Pablo, ni como éste había prometido el término de la esclavitud. Por otra parte, Pablo repudia la antigua alianza simbolizada en Agar, y Pedro la confirma. Pablo previene a las gentes contra las *potestades y dignidades* (Los ángeles inferiores de los cabalistas), mientras que Pedro las acata y amenaza a quienes las desacaten. Por último, Pedro prescribe la circuncisión, y Pablo la proscribire.

Con el tiempo, el episcopado de la nueva religión fundió en un molde artificiosamente dispuesto todas estas contradicciones, falsedades, amaños, supercherías e invenciones, cuyo caótico conglomerado se puso a cubierto de todo análisis y escrutinio merced a los terribles anatemas que contenían la curiosidad del lego so pretexto de sacrilegio y profanación de



los Misterios divinos. Desde entonces se sacrificaron millones de vidas humanas en nombre del Dios de las misericordias, hasta que la Reforma se declaró contra Pedro en favor de Pablo. Pero por una extraña paradoja, el apóstol que abominó de la antigua ley de esclavitud, que dejó a la discreción individual observar o no el sábado y que repudió el dogmatismo anterior a San Juan Bautista, sirve de modelo y guía al protestantismo, que apoyado en la antigua ley con más tesón que los mismos judíos, mostró mayor intolerancia, fanatismo y espíritu persecutorio que la sinagoga rabínica.

Pues entonces, podemos preguntar nuevamente, ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Indudablemente los ebionitas, según opinan los más sagaces críticos, entre ellos el autor de la *Religión sobrenatural*, quien dice:

No cabe duda de que las *Homilias clementinas* fueron escritas por un gnóstico de la secta de los ebionitas, cuyas doctrinas asumieron un tiempo la más pura forma del cristianismo (*Religión sobrenatural*, II, 5).

Y precisamente los ebionitas eran discípulos y continuadores de los primitivos nazarenos o gnósticos cabalistas, como se colige de los siguientes pasajes:

Es natural que los nazarenos admitieran también la doctrina de los eones, pues fueron instructores de los ebionitas y éstos conocían dicha doctrina (Norberg: Prólogo de las traducciones del *Código de los nazarenos*).

Ebión tenía las ideas de los nazarenos, las fórmulas de los corintios (quienes atribuían a los ángeles la creación del mundo) y el nombre de cristianos...

Nazarenos y ebionitas se unificaron por último, y contagiándose mutuamente su malicia, decidieron que Cristo era de semilla de hombre (Epifanio: *Contra los ebionitas*. – Mejor cuadraba el título de cristianos a los ebionitas que a los ortodoxos de Ireneo y los vaticanistas).

Renán dice que los parientes de Jesús eran ebionitas, y que los nazarenos consideraban como salvador y profeta a su primo y precursor Juan el Bautista, cuyos discípulos moraban en la parte opuesta del Jordán.

Dunlap demuestra que Juan bautizó a Jesús en un paraje del río donde se adoraba a Adonis, y dice a este propósito:

A orillas del Jordán, más allá del lago, moraban los nazarenos, secta anterior al nacimiento de Jesús, quien perteneció a ella. Seguramente, se dilataron por el Oriente del Jordán y por el Sudeste hacia tierras de los árabes y sabeanos (Gálatas, I, 17, 21; II, 11), en la dirección de Bosra. También debieron propagarse por el Norte hasta el Líbano y Antioquía y por el Nordeste hasta la colonia de Beroea, donde aun estaban en tiempo de



San Jerónimo. En el desierto tal vez subsistían a la sazón los Misterios de Adonis, y se invocaba en las montañas el nombre de *Adonai* (*Sod, el Hijo del Hombre*, prefacio, I, 34).

Según ya hemos visto, dice Teodoreto que los judíos nazarenos veneraban al Ungido como un hombre justo y seguían el *Evangelio* llamado de *Pedro*. Por otra, parte, San Jerónimo encontró en la biblioteca de Cesárea, coleccionada por el mártir Panfilio, el original hebreo del apóstol Mateo el publicano, y dice sobre el particular:

Los nazarenos de Beroea de Siria me dieron licencia para traducir el original del *Evangelio de San Mateo* que la mayoría tienen por verdadero y he traducido recientemente al griego (San Jerónimo: *Comentarios a Mateo*). Es el *Evangelio* seguido por los nazarenos y ebionitas (San Jerónimo: *De virus illust.*, cap. III. – A esto conviene añadir la siguiente cita “Es curioso que los Padres de la iglesia reconozcan que San Mateo escribió su *Evangelio* en lengua hebrea, y sin embargo se apoyen en el texto griego sin mencionar la relación entre ambos. El texto hebreo tenía algunos pasajes que se omitieron en las traducciones y copias griegas. (Holzhausen: *Comentarios sobre la autenticidad del Nuevo Testamento*, p. 32; Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 44), y el apóstol lo escribió en lengua caldea pero con caracteres griegos.

Es evidente que los apóstoles recibieron de Jesús enseñanzas secretas, pues el mismo San Jerónimo, tal vez en un momento de descuido, declara:

Muy trabajosa es la traducción que vuestras reverencias me han encomendado, pues el propio evangelista San Mateo no quiso escribir *abiertamente*, y si no hubiese sido enseñanza secreta hubiera añadido al *Evangelio* algún comentario suyo; pero como era cosa secreta, encubrió de su propio puño el texto con caracteres hebreos de modo que sólo pudieran comprenderlo los varones más religiosos, quienes recibían la explicación de sus antecesores y maestros. Así, no permitieron sacar copia alguna de este libro, y unos lo interpretaron en un sentido y otros en otro... Y sucedió que como Seleuco, discípulo de Maniqueo, publicara este libro después de haber publicado un texto apócrifo de los *Hechos de los apóstoles*, dio con ello motivo de escándalo y no de edificación, ya que los oídos de la Iglesia se mostraron sordos al sínodo que aprobó dicho libro (Este pasaje nos explica por qué se repudiaron las obras de San Justino Mártir, quien seguía exclusivamente el texto hebreo del *Evangelio*, como sin duda lo seguiría también su discípulo Ticiano. En el siglo IV coloca Eusebio este texto hebreo en la misma categoría que el *Apocalipsis* de San Juan, pero sin repudiarlo por espurio, de lo cual cabe inferir cuán posteriormente se definió el dogma de la divinidad de Jesucristo, a quien según declara Epifanio, los ebionitas o *genuinos* cristianos primitivos y los nazarenos consideraban engendrado por simiente humana, con arreglo al texto hebreo). (Isis III, 233-238).

. . . Poco antes de morir Jesús en la cruz, abandonó su cuerpo la duada Christos–Sophía y se restituyó a su propia esfera. El cuerpo físico de Jesús



quedó en la tierra, pero él siguió actuando en un cuerpo formado de éter (El cuerpo astral). (Isis III, 244).

. . . Lo que plenamente demuestran las *Homilias* es que, aparte de la predicación pública, enseñaba Jesús secretamente a los contados discípulos merecedores de recibirla. Así pone el autor en boca de Pedro estas palabras:

Recordamos que nuestro Señor y Maestro nos mandó diciendo: “Guardad los misterios para mí y los hijos de mi casa”. Por lo que también explicaba secretamente a sus discípulos los *misterios del reino de los cielos* (*Homilias clementinas; Religión sobrenatural, II*).

Fácil es de comprender el sentido de la frase: “guarda los misterios para mí y los hijos de mi casa”, si por misterios entendemos la doctrina secreta que, según el original del Evangelio de San Mateo (El original de este Evangelio le fue muy difícil de traducir a San Jerónimo), enseñaba Jesús en la logia (Está tomada aquí esta palabra en la acepción de lugar, estancia, aposento o habitación apartada. –N. del T.), análogamente a los XXXXX, (*aporrheta*) o lecciones secretas de los Misterios paganos, que tan sólo podían recibir los discípulos del círculo interno, elegidos para ejercer el sacerdocio. De esto cabe inferir que la doctrina secreta de Jesús, con toda su terminología, era substancialmente idéntica a la de los neoplatónicos y se apoyaba en la gnosis oriental, como todas las religiones primitivas. Posteriormente el fanatismo sacerdotal adulteró esta doctrina con interpolaciones y amaños contradictorios para conciliar los progresos de cada siglo con los errores del precedente. En algunos manuscritos hay conceptos tan groseros, que se delatan por sí mismos y demuestran la ignorancia en que los Padres de la Iglesia estaban del Evangelio que pretendían defender. Ejemplo de ello tenemos en que, según ya dijimos, Tertuliano y Epifanio acusaron a Marción de haber eliminado del *Evangelio* de San Lucas un pasaje que nunca estuvo en el texto original. (Isis III, 250-251)

Es muy significativo que nada pruebe en el *Nuevo Testamento* la divinidad de Jesucristo a los ojos de sus discípulos, quienes ni antes ni después de su muerte le tributaron honores divinos, sino que sencillamente le llamaban “maestro”, o sea el mismo título con que a Pitágoras y Platón honraban los suyos.

En cuantas palabras se han puesto en boca de Jesús y los apóstoles no se advierte en éstos la más leve señal de adoración divina ni Jesús se proclamó



jamás idéntico a su Padre (Conviene salir aquí al paso de la objeción que contra el aserto de la autora levanten acaso algunos comentadores apoyados en las palabras de Jesús: “El Padre y yo somos una misma cosa”. Aunque a primera vista parezca declarar Jesús en este pasaje su identidad con el Padre, es preciso tener en cuenta que no dice somos “una misma persona”, sino “una misma cosa”, con lo cual significaba, a nuestro entender, que había sometido su voluntad a la del Padre, y por lo tanto, estaba entre los hombres para cumplir la voluntad del Padre y no la suya. Por lo tanto, Jesús quería lo mismo que el Padre, y sin ser idéntico al Padre era su enviado, mensajero, embajador y representante. – N. del T.) y, aunque se llamaba hijo de Dios, añadía que “todos los hombres eran hijos del Padre celestial. Esta doctrina derivaba legítimamente de la enseñada muchos siglos antes por Hermes, Platón y otros filósofos.

Nueva prueba de que Jesús no se arrogó la identidad con el Padre nos la da el pasaje siguiente:

... No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios (*San Juan*, XX, 17).

La frase *mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios* denota igualdad de condición, aunque superioridad de evolución respecto de sus discípulos. Dice Teodoreto sobre este punto:

Los herejes coinciden con nosotros en el concepto de la Causa inicial de todas las cosas; pero dicen que no hay un solo Cristo–Dios, sino dos entidades, una superior y otra inferior, que precedentemente *moró en varios*. En cuanto a Jesús, unas veces dicen que procede de Dios y otras le llaman *espíritu* (Teodoreto: *Heraet. Fab.*, II, VII).

Este espíritu, es el *Christos*, el mensajero de vida, que algunos llaman también arcángel Gabriel (En hebreo significaba poder de Dios), equivalente al *Logos* de los neoplatónicos, pero no se le debe confundir con el Espíritu Santo o *Vida* (*Ireneo*, I, XII, 86), considerado como Potestad femenina (*Binah, Sophia, Mente Divina*) por las escuelas gnósticas, excepto la nazarena, para quien era el aspecto femenino del Espíritu, la luz astral generadora de todas las cosas materiales, o sea el caos contrarrevuelto por el Demiurgo.

Sobre esto dice el Zohar:

Al crear al hombre había luz (espiritual) junto al Padre y había luz (material) junto a la Madre. Tal es el hombre dual (*Compendio del Zohar*, p. 12, ed. alemana).

Por su parte dice el *Código de los nazarenos*:

El último día perecerán los siete astros mal ordenados y también los hijos del hombre que confesaron al *Spiritus*, al falso Mesías, al Deus. Perecerá también la *madre* del *Spiritus* (II, 149).



Jesús acompañó sus predicaciones de señales y obras maravillosas pero contra el excesivo entusiasmo de quienes lo divinizan, se opone la consideración de que no hizo ni más ni menos que lo que hicieron otros cabalistas en aquella época en que, por haberse agotado las fuentes de profecía, no estaban acostumbradas las gentes a los fenómenos mágicos y el escepticismo culminaba en la secta de los saduceos. . .

. . . El don de sanar a los enfermos y de operar prodigios, que Jesús comunicaba a sus discípulos, demuestra que éstos iban aprendiendo a su lado la teoría y la práctica de la nueva ética, al paso que fortalecían su fe a medida que acrecentaban sus conocimientos (Conviene advertir que Josefo, a quien hemos de suponer bien enterado de la materia, eleva la exorcización a la categoría de ciencia). De esta gradación en el adelanto de los discípulos nos da ejemplo el caso de Pedro, quien, no obstante su débil fe al principio (*San Mateo*, XIV, 25 a 31), llegó por fin a sobresalir en la taumaturgia, hasta el punto de que, según dicen los *Hechos*, le ofreció dinero Simón el Mago para que le comunicara el don de obrar milagros. Por otra parte, el apóstol Felipe fue un etrobático tan excelente como el pitagórico Abaris, aunque menos experto que Simón el Mago.

Ni en las *Homilias* ni en el texto original de los *Evangelios* ni en los *Hechos de los Apóstoles* hay prueba alguna de que los discípulos de Jesús vieses en su Maestro algo más que un profeta superior a todos los profetas. Las *Homilias* son un alegato en pro del monoteísmo, aparte de la disquisición puesta en boca de Pedro con intento de probar la identidad del Dios de Moisés con el “Padre” de Jesús. El autor de las *Homilias* parece tan opuesto al paganismo como a la divinidad de Jesucristo (*Homilias*, II, 12; III, 57, 59; X, 19; XVI, 15; Schliemann: *Las Clementinas*, 134; *Religión sobrenatural*, II, 349), y como si desconociera el concepto del Logos, trata únicamente de *Sophía*, la Sabiduría según los gnósticos, diciendo que la dualidad *Christos–Sophía* se infundió en Jesús como antes se había infundido en Adán, Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés (*Homilias*, II, 16, 18; III, 20. – No se descubre, por lo tanto, vestigio alguno de la Trinidad hipostática), a quienes coloca a un mismo nivel de espiritualidad y les llama “verdaderos profetas” y las “siete columnas del mundo”. Por otra parte, el autor niega resueltamente por boca de Pedro la caída de Adán, y en consecuencia el dogma de la redención según lo expone la teología cristiana, cuyos conceptos en este punto tilda de *blasfemos*, aceptando en cambio la doctrina cabalística y en cierto modo platónica de la permutación. De acuerdo con ella, dice el autor de las *Homilias* por boca de Pedro, que Adán no sólo no pecó sino que *era incapaz de pecar*, porque, como verdadero profeta, estaba poseído del mismo espíritu de Dios que después se infundió en Jesús (Schliemann: *Las Clementinas*, 130, 176; cita de *Religión sobrenatural*, 342. – Según veremos más adelante, la *Kábala* enseñaba la doctrina de la reencarnación, como se infiere del pasaje que dice: “Moisés fue la reevolución de Seth y Abel. (*Kabbala Denudata*, II, 155;



Vallis Regia) También hallamos la doctrina de la reencarnación en este pasaje de Hermes: “Dime, ¿quién renace? – El hijo de Dios, el *verdadero hombre*, por la voluntad de Dios”. (*Hermes*, X, IV, 21, 23)

El “Hijo de Dios” simboliza el espíritu inmortal del hombre, la entidad divina u hombre verdadero, pues los vehículos inferiores son entidades imperfectas que, privadas de la luz del espíritu, quedan reducidos a una *duada animal* (Tenga el lector en cuenta que se refiere la autora a la doctrina expuesta en las *Homilías*). El hombre verdadero es trino y no pierde la inmortalidad en los sucesivos renacimientos a través de las esferas que cada vez le acercan más y más al esplendente reino de la eterna y *absoluta* Luz.

Dice la *Kábala*:

El Primogénito de Dios, el santo Velo, la Luz de luces, envía la *reevolución* del *Delegado*, porque es la primera *Potestad* (*Idra Magna; Kabbala denudata*). (Isis III, 252-256).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco (Baco, llamado también Dionisio, es de origen hinduista. Cicerón le considera hijo de Niso y Thyoné. En griego la palabra *Dtónusoç* significa “el dios Dis del monte Nys” en la India. El Baco coronado de pámpanos (*kissos*) equivale a *Khristna*, uno de cuyos sobrenombres es *Kissen*. En Dionisio o Baco se concentraban todas las esperanzas en la vida futura, pues era el dios que había de libertar de su cárcel de carne a las almas de los hombres.

Por otra parte, dice la mitología que Orfeo, el poeta argonauta, vino a este mundo para eliminar de la religión el grosero antropomorfismo que la contaminaba, y abolió en consecuencia los sacrificios humanos y restauró la mística teología basada en la pura espiritualidad. Cicerón considera a Orfeo como hijo de Baco, y algunos autores se apoyan en la semejanza del nombre de Orfeo con el de *òr2voç* (moreno) para atribuir a este personaje procedencia inda, pues de este color es la tez de los indos. De todos modos Baco en su carácter y denominación de Dionisio Zagreo, es indudablemente de origen indo (Véanse las obras de Voss, Heyne y Schneider sobre los argonautas) **y el pan de Ceres** (Opina Knight que Ceres no personificaba la grosera sustancia llamada tierra, sino el *fecundo principio femenino* que la penetra, y unido al masculino produce la vida organizada... Así se consideraba a Ceres como esposa del omnipotente padre Eter o Júpiter (*Lenguaje simbólico del arte y mitología de los antiguos*, XXXVI). De aquí que las palabras de Cristo: “el espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha” se aplican en su dual significado a las cosas espirituales y terrenales, al espíritu y a la materia). **El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos comiera y bebiera en señal de que el espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en su cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar. Además, Jesús solía compararse con la vid (*San Juan*, XV, 1), y al hierofante revelador del petroma se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: “Bebed, esta es mi sangre”, se compara con**



la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su Padre es el labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre.

En los *Evangelios* canónicos hay suficientes indicios de que el inmenso y desinteresado amor de Jesús a la humanidad le movió a divulgar entre las multitudes los conocimientos que se reservaban unos cuantos, y así predica la existencia de un Dios puramente espiritual cuyo templo es el hombre, pues en nosotros vive y nosotros vivimos en Él. Este mismo concepto tenían de Dios los iniciados de la escuela de Hillel y los judíos cabalistas; pero los escribas o doctores de la ley se habían separado de los tanaímes o verdaderos instructores espirituales, para caer en el dogmatismo textual y perseguir por heterodoxos a los cabalistas. De aquí que Jesús truene contra ellos diciendo:

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con las llaves de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habéis prohibido a los que entraban (*San Lucas*, XI, 52).

Muy claro es el sentido de este pasaje. Los doctores de la ley se apoderaron de la clave sin provecho alguno, pues no sabían manejarla para descubrir el verdadero significado oculto en los textos. Ni Renan ni Strauss ni D'Amberley comprendieron rectamente las parábolas de Jesús ni el carácter del insigne iniciado galileo. Para Renan fue Jesús un rabino heterodoxo, el de más simpática y gallarda mentalidad entre todos los rabinos, a quien llama repetidas veces “doctor sublime” (Renan: *Vida de Jesús*, 219), sin afiliarle por ello a la escuela de Hillel ni otra alguna, sino que nos lo presenta como un sentimental y entusiasta joven salido de la plebe galilea, cuya imaginación forja en sus parábolas la figura de reyes cubiertos de púrpura y pedrería como los que intervienen en los cuentos infantiles (Id.: Id., 221).

En cambio, el Jesús de Amberley es un idealista iconoclasta muy inferior en sutilezas lógicas a sus críticos y comentadores. Renan tiene a Jesús por semi-maniático. Amberley lo mira desde el nivel de la aristocracia inglesa, y dice a propósito de la parábola del festín de bodas:

Nadie puede vituperar que una persona caritativa invite a su mesa a los lisiados, mendigos y menesterosos sin distinción de clases. Pero no cabe admitir que esta buena acción haya de ser obligatoria, y conviene en cambio que hagamos precisamente lo que Cristo parece prohibirnos, esto es, convidar a nuestros vecinos y recibir sus convites cuando lo requieran las circunstancias, pues en estos casos las personas cultas no piensan ni por asomo en recompensa alguna por el agasajo que a sus amigos dispensan.



Jesús no tuvo en cuenta las prácticas sociales (Amberley: *Análisis de la creencia religiosa*, I, 467).

Esto demostrará por una parte que Jesús no andaba muy al corriente de las leyes reguladoras de la vida mundana en los círculos aristocráticos; pero también demuestra que es muy general la torcida interpretación de sus insinuantes parábolas. (Isis IV, 306-309).

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indo de difundir entre mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana (*Dhammapada*, V, 126).

En otro pasaje añade Gautama:

Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. Pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la *aniquilación* después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en lo futuro (*Rueda de la ley*, 54)

Dice San Pablo:

Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la *muerte* del testador.

En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden de Meldissedech.

El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, yo *hoy te he engendrado* (*Epístola de los hebreos* IX, 16; VI, 20; VII, 16; V, 5).

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melquisedech (Figura de Cristo, según los teólogos), y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en Hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo



demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Éfeso, que inició al emperador Juliano en los misterios mítricos diciéndole:

Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: “Eres el Hijo de Dios”. Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (*Hechos de los apóstoles*, XXVIII, 3 a 6). Por último, los discípulos de Simón el Mago le apellidaban: Hijo de Dios, el Hermoso y el gran poder de Dios.

El concepto de la Divinidad está condicionado en el hombre por sus limitaciones mentales. Cuanto más dilatado sea el campo de su percepción espiritual, tanto más grandioso y sublime será su concepto de Dios, cuya existencia no tiene mejor demostración que el hombre mismo con sus divinos poderes espirituales, potencialmente latentes en quien todavía no los haya educado. Sobre esto dice Wilder:

La sola posibilidad de las facultades taumatúrgicas, prueba su existencia... Por lo general, el crítico incrédulo es mental y espiritualmente inferior a la persona o materia que critica, y por lo tanto, raras veces juzga competentemente. Si hay imposturas, esto mismo demuestra que en alguna parte ha de estar el original auténtico (Wilder: *Profecías antiguas y modernas*). (Isis IV, 350-352).

. . . Pues el “Día Séptimo” posee además una significación oculta en que no sueñan nuestros teólogos.

Cuando Matronitha, la Madre, es separada y traída cara a cara con el Rey en la excelencia del Sábado, todas las cosas se convierten en un cuerpo (*Ha Idra Zata Kadisha*, XXII, pág. 746).

Convertirse en un cuerpo, significa que todo es reabsorbido una vez más en el Elemento Uno, convirtiéndose los espíritus de los hombres en Nirvanis, y volviendo otra vez los elementos de todas las cosas a lo que eran antes: al *Protilo* o Sustancia no diferenciada. “Sábado” significa Reposo, o Nirvana. No es el “séptimo día” después de seis días, sino un período cuya duración iguala al de los siete “días” o a cualquier periodo constituido de siete porciones. Así, un Pralaya es de duración igual a un Manvantara, o bien una Noche de Brahma es igual a su Día. Si los cristianos quieren seguir las costumbres judías, deben adoptar el espíritu y no la letra muerta de las mismas. Deberían trabajar durante una semana



de siete días, y *descansar* siete días. Que la palabra “Sábado” ha poseído una significación mística, lo demuestra el desprecio de Jesús hacia el día del sábado, y por lo que se dice en *Lucas* (XVIII, 12), el sábado se entiende allí por la *semana entera*. Véase el texto griego en que a la semana se la llama “Sábado”. Literalmente: “Yo ayuno dos veces en el Sábado”. Pablo, un Iniciado, lo sabía bien cuando se refería como al Sábado, al reposo y felicidad eterna en los ciclos (*Hebreos*, IV): “y su felicidad será eterna, pues ellos serán siempre [uno] con el Señor, y gozaran *un Sábado eterno*” (Cruden, *sub voce*). (D.S. I, 424-425).

Si la Humanidad ha de aceptar una llamada religión sobrenatural, a los ocultistas y psicólogos les parece mucho más lógica la transparente alegoría que de Jesús dieron los gnósticos que, como ocultistas y con iniciados como jefes, difieren tan sólo en el relato histórico y en la explicación de los símbolos, pero no en lo substancial e interno. ¿Qué dijeron los ofitas, los nazarenos y otros tildados de “herejes”? Sophia, “la Virgen celeste”, se determina a enviar a Christos, su emanación, en auxilio de la moribunda humanidad, a la que Ilda–Baoth (el Jehovah de los judíos) y sus seis Hijos de la Materia (los ángeles inferiores) interceptan la divina luz. Por lo tanto, Christos, el perfecto (Personificación occidental de la potestad (no del Dios), a que los indos llaman *Bija*, el “ser simiente”, o *Mahâ Vishnu*, es decir, el misterioso Principio que en sí contiene la simiente del avatârismo).

al unirse con Sophia (la divina Sabiduría), descendió a través de las siete regiones planetarias, y en cada una de ellas asume forma adecuada... hasta encarnar en el hombre Jesús en el momento de su bautismo en el Jordán. Entonces comienza Jesús a obrar milagros, pues hasta entonces ignoraba cuál fuese su misión.

Al ver Ilda–Baoth que Christos acababa con su reinado de la Materia, concitó a los judíos contra Él, y Jesús fue condenado a muerte. Crucificado Jesús, Christos y Sophia abandonaron su cuerpo, restituyéndose a su propia esfera. El cuerpo físico de Jesús volvió a la tierra; pero su Yo, el Hombre interno, se revistió de cuerpo *etéreo* (“Levántate al nirvana desde este decrepito cuerpo al que fuiste enviado. Asciende a tu primera morada, ¡oh bendito avatâr!”)

Desde entonces fue simplemente alma y espíritu... Durante los *diez y ocho meses* que después de resucitado permaneció en la tierra, recibió de Sophia el perfecto conocimiento, la verdadera gnosis, que comunicó a los pocos apóstoles capaces de recibirla (King. – *The Gnostics and their Remains*, págs. 100 y 101).

Lo transcrito es evidentemente oriental e indo. Es pura y simple doctrina esotérica, excepto en los nombres y en la alegoría. Es, con leves diferencias, la historia de todo adepto que obtiene la iniciación. El bautismo en el Jordán es el rito de la iniciación, la purificación final, que se cumplía en las pagodas,



estanques, ríos, o lagos sagrados de Egipto y Méjico. **El Christos perfecto y Sophia (la Mente divina y la divina Sabiduría) se infunden en el iniciado en el instante del místico rito, por transferencia del Maestro al Discípulo, cuyo cuerpo físico aquéllos abandonan a su muerte, para volver al nirmânakâya, o ego causal del adepto.**

Dice el ritual budhista de Âryâsangha:

El espíritu de Buddha cobija [colectivamente] a los bodhissatras de su Iglesia.

Y añaden las enseñanzas gnósticas:

Cuando el espíritu de Christos reúna fuera de los dominios de Ilda–Baoth todo lo espiritual, toda la Luz [existente en la materia], quedará cumplida la Redención y se acabará el mundo (Obra citada).

Dicen los budhistas:

Cuando Buddha (el Espíritu de la Iglesia) oiga sonar la hora, enviará a Maitreya, y acabará el mundo antiguo. (D.S. V, 223-225).

PREG. *Los partidarios de esta creencia podrían contestar a eso que aun cuando el dogma ortodoxo amenaza con un Infierno demasiado realista al pecador impenitente y al materialista, por otra parte le concede la posibilidad de arrepentirse hasta el último momento. Además, no enseña el aniquilamiento o pérdida de la personalidad, que viene a ser lo mismo.*

Si la Iglesia no enseña nada de esto, Jesús, en cambio, lo enseña; y para los que consideran a Cristo como superior al cristianismo, es algo.

PREG. *¿Enseña Cristo cosa semejante?*

Lo enseña; y todo Ocultista bien informado y hasta cualquier kabalista os dirá lo mismo. Cristo, o al menos el cuarto Evangelio, enseña la reencarnación como también el aniquilamiento de la personalidad, según podéis ver si descartáis la letra muerta y os atenéis al espíritu esotérico. Recordad los versículos 1º y 2º del capítulo XV de San Juan. –¿De qué trata la parábola, sino de la *Tríada superior* en el hombre? Âtma es el labrador; el Ego Espiritual o *Buddhi* (Christos), la Viña, mientras que el Alma animal y vital, la *personalidad*, es la “rama”. “Yo soy la verdadera vid, y mi Padre el labrador. Cada sarmiento que en mí no da fruto, lo arranca... Así como no puede el sarmiento dar fruto por sí solo, sino manteniéndose en la cepa, tampoco vosotros lo podéis dar, como no viváis en mí. Yo soy la cepa, vosotros sois los sarmientos. Si un hombre



no vive en mí, es desechado como un sarmiento y se seca, luego se los recoge y se los echa al fuego y se queman.”

Nosotros lo explicamos del modo siguiente: No creyendo en los fuegos del Infierno que descubre la Teología en la amenaza dirigida a los sarmientos, decimos que el “labrador” significa Âtma, el símbolo del principio impersonal infinito (Durante los *Misterios*, el hierofante era el “Padre” que plantaba la Viña. Cada símbolo tiene sus siete claves. El revelador del *pleroma*, siempre era llamado “Padre”), mientras que la “vid” representa el Alma Espiritual, *Christos*, y cada “sarmiento una nueva encarnación.

PREG. *¿En qué pruebas os apoyéis para sostener una interpretación tan arbitraria?*

El simbolismo universal es una garantía de su exactitud y de que no es arbitraria. Hermas dice, hablando de “Dios”, que “plantó el viñedo”, es decir, que creó a la humanidad. Vemos en la *Kábala* que el Anciano de los Ancianos, o la “Larga Faz”, planta una viña, representando ésta a la humanidad, y una cepa o vid, que significa la vida. Por esta razón, al espíritu del “Rey Mesiah” nos lo representa lavando sus vestiduras en *el vino* de arriba, desde la creación del mundo (*Zohar*, XL, 10). El Rey *Mesiah* es el Ego *purificado por el lavado de sus vestiduras* (es decir, las personalidades de sus renacimientos) *en el vino de arriba* o Buddhi. Adam o A–dam es la “sangre”. La vida de la carne está en la sangre (*nephesh*, alma), (*Levítico*, XVII). Y Adam Kadmon es el Único Engendrado. También Noé planta un viñedo, la cuna alegórica de la futura humanidad. Como consecuencia de la adopción de la misma alegoría, la hallamos reproducida en el *Códex Nazareno*. Siete son las cepas o vidas creadas cuyas siete cepas o vidas son nuestras Siete Razas, con sus siete Salvadores o *Buddhas*– *que nacen de Jukabar Zivo*; y Aebel Zivo las riega (*Codees Nazaroeus, Liber Adami Appellatus*, III, 60, 61). Cuando asciendan los bienaventurados hasta las criaturas de Luz, contemplarán a Jukabar Zivo, *Señor de la Vida y la primera Vid* (*Ibíd.*, II, 281). Estas metáforas Kabalísticas se repiten, naturalmente, en el Evangelio de San Juan (XV, I).

No olvidemos que, en el sistema humano –según aquellas mismas filosofías que ignoran nuestra división septenaria–, el *Ego* u *hombre pensante* es llamado *Logos*, o el “hijo” del alma y del Espíritu. “Manas es el hijo adoptivo del Rey y la Reina” (equivalentes esotéricos de Âtma y Buddhi), dice una obra oculta. Él es el “hombre Dios” de Platón, que se crucifica a sí mismo en el *espacio*, o duración del ciclo de vida, para la redención de la MATERIA. Esto lo lleva a cabo encarnándose una y otra vez, guiando de este modo a la humanidad hacia la perfección y haciendo así sitio a las formas inferiores



para desarrollarse en otras superiores. Ni una sola vida deja de progresar por sí misma y de ayudar a progresar a la Naturaleza física entera, y hasta el caso fortuito, muy raro, de perder una de sus personalidades, por carecer esta última en absoluto de la menor chispa de espiritualidad, lo ayuda en su progreso individual. (LA CLAVE DE LA TEOSOFÍA, Págs. 192-194 – H.P. BLAVATSKY).

Los gnósticos cristianos aparecieron a principios del siglo II, precisamente al desaparecer de misteriosa manera los esenios o *chrestianos*, que tan acabadamente habían comprendido las enseñanzas de uno de sus propios hermanos. Al mencionar Jesús la letra *iota* (*Mateo*, V, 18. (El texto vulgar la llama “tilde”. – N. del T.) relacionada con los diez eones, **demostró suficientemente, a juicio de los cabalistas, que pertenecía a la masonería de aquella época, porque la letra *iota* era entre los gnósticos una consigna o seña que significaba el cetro del Padre, y todavía subsiste en las fraternidades de Oriente.**

Pero, aunque ya se supiera todo esto en los primeros siglos del cristianismo, hubo cuidado de ocultar lo de modo que no fuera notorio y de negarlo siempre que se suscitaba discusión sobre ello, hasta el punto de que las diatribas de los Padres eran tanto más violentas cuanto más evidente la verdad que negaban. (Isis III, 442-443).